
CIENCIA FICCIÓN
UN MUNDO NUEVO
PETER KAPRA
R. CORTELLA

UN MUNDO NUEVO

PETER KAPRA

UN MUNDO NUEVO

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

PETER KAPRA - 1969

Depósito Legal; B - 29714 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

— Los Soviets salen de exploración mañana — dijo Mike Kane —. Acaba de llegar un «Soyuz» de La Tierra y han recibido equipo nuevo.

— ¡Y nosotros aquí, encerrados siempre! — exclamó el mayor Lew Ogalla, arrojando la revista que tenía en las manos sobre la mesa metálica.

— ¡He hojeado esta revista docenas de veces! ¿Qué creen que somos en Cabo Kennedy?

— Calma, Lew — habló el tercer astronauta de la cabina lunar —. Cuida tus nervios. El envío que debíamos recibir no pudo ser lanzado. El programa costará años. No tenemos prisa. Los Soviets no ocuparán toda la Luna. Hay sitio para todos.

Este hombre era Albert Boone, el primer ingeniero astronauta enviado a La Luna, y a quien se debía la construcción de la cabina atmosférica instalada en el Océano de las Tempestades, que era un desierto ilimitado en medio de la vasta soledad de la luna.

Estaban en plena noche lunar.

A través de las ventanas de cristal irrompible, el cielo se ofrecía a los exploradores norteamericanos como una bóveda rutilante de puntos luminosos, trazos ígneos, gemas fluctuantes.

A unos diez metros de la cabina estaba posado el módulo lunar empleado para la exploración, llegada y salida a la base, en cuya parte trasera se encontraba el hangar, falto de aire, donde se guardaba el tanqueoruga utilizado para las exploraciones sobre el rugoso suelo lunar, que les había dado más de un susto.

Un año llevaban los norteamericanos residiendo permanentemente en La Luna, mientras que sus colegas soviéticos sólo llevaban ocho meses. Pero, en este tiempo, los rusos parecían haber realizado más investigaciones.

— Ellos disponen de una estación intermedia de aprovisionamiento — dijo Mike Kane.

— Sí, y no tienen sus jefes que discutir constantemente con los poderes públicos — añadió el jefe del grupo, con amargura —. Paciencia, Lew, me dicen desdé Houston. No te desesperes. En el siguiente «Apolo» vais a recibir un buen equipo.

— Cuando se ultime el nuevo propulsor atómico, esto será jauja. Ya veo los hongos metálicos empezar a surgir por todas partes.

Instalaremos invernaderos, extraeremos agua de las rocas... ¡La Luna será habitable, Lew! — exclamó el joven teniente ingeniero Boone.

— Eres un optimista. Eso se debe a que permaneces soltero y sin compromiso. Pero, si tuvieses esposa e hijos, como yo...

Lew Ogalla tenía cuarenta y dos años, era comandante de aviación, estaba casado y tenía dos hijos, Peter y Hellen, cuyos retratos estaban presidiendo siempre el armario del hombre que llevaba dos meses sin ver a su familia.

Antes que ellos, otras expediciones había alunizado. El calendario de pared señalaba el día 12 de mayo de 1972. Hacía pues, tres años, que Collins, Armstrong y Aldrin habían conquistado la Luna para la Humanidad.

Muchas cosas habían sucedido desde entonces. Los viajes se sucedieron alternativamente. Los rusos también llegaron a la Luna, explorando otras regiones.

Luego, se instalaron las primeras bases permanentes. Fue preciso un gran esfuerzo, un envío casi constante de material y hombres, en condiciones difíciles y precarias... ¡Y todo sufrió una considerable demora, teniendo que dejarse la base abandonada, con los materiales, a consecuencias del accidente que costó la vida a dos valientes pioneros del cosmos, Walter Brahms y Peter Daniell!

Fue a causa de aquel penoso accidente, que la opinión mundial desató su gran campaña de prensa contra la NASA. «¿Por qué se continuaban las exploraciones lunares, si nada se había obtenido de las primeras investigaciones «in situ»?»

El mundo clamaba por paliar el hambre en vastas regiones de La Tierra y no invertir tan enorme cantidad de millones para traer únicamente piedras volcánicas, extraños metales que no servían para nada y cristales inútiles.

Brahms y Daniell habían muerto a consecuencias del impacto de un meteorito. Una bala de piedra, lanzada con la fuerza que la mecánica celeste imprime a los micromundos del cosmos, les alcanzó. El cálculo de probabilidades demostró que uno entre un millón era la posibilidad que tenían los astronautas de recibir uno de aquellos impactos.

Pero ellos fueron aquel uno. Y sus cadáveres fueron recogidos, vagamente en el espacio.

Luego, se olvidaron un poco las cosas. Salieron nuevos defensores de la conquista del espacio, alegando que la Luna podía ofrecer aún muchas posibilidades. ¡Y se encontró agua y oxígeno en las profundas grietas lunares!

Éste fue otro éxito de la ciencia. La opinión pública empezó a cambiar. ¿Y si en la Luna había «algo» más que polvo meteórico y piedras volcánicas?

Por esto se habían reanudado los esfuerzos. Y por esto fue Albert Boone y construyó una cabina atmosférica, con regenerador de aire, suficiente para tres personas.

Luego se fueron los primeros compañeros del joven teniente ingeniero, y llegaron los actuales: el mayor Lew Ogalla y el capitán Mike Kane.

Pero la noticia de que los rusos iban a efectuar una nueva exploración y a posarse, posiblemente, en regiones muy distantes a sus bases, no les había hecho gracia.

* * *

— «Hallo, boys» — se oyó una voz alegre, con marcado acento extranjero—. Aquí el coronel Wladimir Zyranousk. ¿Pueden oírme?

Mike Kane tomó el micro y respondió:

— Perfectamente, coronel Zyranousk. ¿Qué se le ofrece?

— Supongo que les habrán informado de la llegada de una nave «Soyuz».

— Sí. Nos han dicho también que salen ustedes mañana de exploración.

— Exactamente. Vamos a visitar el cráter Aristarco, donde se han registrado varios L. T. P. (fenómeno lunar transitorio) últimamente. Les hemos llamado porque ha llegado la primera mujer astronauta se nos ha ocurrido dar una fiesta social.

Mike miró a Lew y sonrió ampliamente.

— ¡Vaya, les felicito, coronel Zyranousk! ¿Cómo se llama esa dama?

— Es la teniente Sonia Karazoff, del servicio geológico del Ejército Rojo... ¡Ah, es muy hermosa! Lástima que no sepa hablar inglés.

Lew Ogalla se acercó a la radio y tomó el micro de las manos de Mike, sonriendo también.

— Gracias, coronel Zyranousk. Enviaré al teniente Boone, que, afortunadamente, sabe hablar ruso. No podemos dejar abandonada la estación, ¿comprende?

— Comprendido, mayor Ogalla. Les obsequiaremos con caviar y vino de los Urales.

— El teniente Boone les llevará cigarrillos de Virginia y champán francés.

— ¡Oh, son ustedes muy amables! Esperamos, pues, al teniente Boone antes de las siete horas, de Moscú.

— Que son las doce, hora de Houston — replicó Lew Ogalla, con sorna.

— Deberíamos unificar el horario. Una misma hora para toda la superficie de la Luna, sea cual sea la posición del sol.

— ¿Ha consultado usted con el Kremlin?

— Sí, sugieren que utilicen ustedes nuestra hora. Nosotros somos más y por tanto hay que modificar más relojes — contestó Wladimir Zyranousk, no sin cierta burla.

— Pronto seremos nosotros aquí una docena, coronel. El «Supersaturno» ya está ultimándose. Debe de saber que podrá transportar hasta veinte hombres y un equipo de cien toneladas.

— Tenemos dudas sobre su éxito, mayor Ogalla. Pero nos alegraremos de que todo vaya bien. Cuantos más seamos en el satélite, más labor conjunta podemos realizar.

— ¿Cuál es el objetivo de su expedición?

— Estudiar de cerca el volcán en erupción descubierto en Aristarco. Si podemos conseguir muestras en fusión, podríamos analizarlas en el laboratorio que hemos instalado aquí.

— Les deseo éxito. ¿Qué duración tiene esa exploración?

— Seis días.

—¿Podrán facilitamos algunos datos?

— Desde luego, mayor Ogalla. Estamos aquí al servicio de la ciencia.

— De acuerdo. Antes de las siete, hora de Moscú, estará con ustedes el teniente Boone. Mis más respetuosos saludos, coronel.

— Gracias, mayor.

Lew Ogalla cortó la comunicación. Inmediatamente, llamó a Houston e informó de lo que había dicho el coronel Zyranousk. Se le dio el O. K. y se le autorizó, media hora después, la salida del teniente Boone con el módulo lunar, para visitar la base soviética.

— Estoy de suerte. Hace siglos que no veo a una chica —dijo Albert, mientras abría su armario, ya aprobado su desplazamiento, para sacar su uniforme—. Bailaremos una tzarda, tomaremos champán y...

— ¡Y abrirás bien los ojos, Al! —le atajó Lew—. Quiero un informe completo de lo que tienen nuestros vecinos en el Mar de los Vapores.

— Soy ingeniero, no un espía — replicó Albert Boone.

—Eres teniente de aviación e ingeniero. Y un teniente es un militar.

—¡Bien, bien; déjalo ya, Lew! Abriré los ojos. Nada de «vodka», un sorbo de champán, pastelitos, y «Da, da», «Niet, niet». Conozco la cantinela. Como que, si tienen algo importante, van a tenerlo a la vista y nos van a llamar.

— Puedes hablar con esa teniente Sonia Karazoff. Apuesto a que trae instrucciones nuevas acerca de futuras operaciones. Los rusos están mostrando excesivo interés por la Luna últimamente.

Albert Boone se desnudó detrás del biombo, en donde estaba su litera. No le seducía mucho pilotar el módulo hasta la base soviética, situada en el Mar de los Vapores, donde ya había estado en ocasiones anteriores, realizando visitas de cumplido a sus colegas rusos. Pero le agradaba volver a ver una mujer. Exactamente, hacía seis meses que no veía a ninguna.

El teniente Boone amaba la soledad de La Luna, su silencio intenso la ausencia de aire. Había trabajado allí más que nadie y la cabina atmosférica que les servía de alojamiento era casi obra suya.

— ¿Jugamos al ajedrez? — preguntó Mike Kane a Lew Ogalla.

—Prefiero dormir — respondió éste último.

— Entonces, leeré a Stevenson.

Albert terminó de vestirse el equipo de vacío y salió de detrás del biombo.

— ¿Quieres ayudarme a colocarme el oxígeno? — preguntó a Mike.

— Sí, hombre.

Para salir de la cabina y moverse en el exterior, era necesario ir convenientemente equipado. El traje de vacío se había simplificado mucho en los últimos años. El casco más ligero y más sólido. Incluso los reguladores de presión eran automáticos.

Se podía hablar con sus compañeros a través del micro situado en el mismo casco. La radio iba colgando de la cintura y era un minúsculo aparato a transistores, de considerable potencia. Con la palanca hacia abajo, Albert podía hablar hasta una distancia de cien millas de circunferencia. Si levantaba la palanca, podía escuchar.

Cuando estuvo vestido y equipado, Lew le entregó una caja que había sacado del refrigerador alimentario, donde guardaban las provisiones.

— El regalo para los soviets... ¡Así revienten! — masculló Lew.

Albert sonrió.

— Veinte días más y los perderás de vista, Lew.

— ¡Pues yo los encuentro bastante sociables! — intervino Mike.

Albert fue hacia la puerta, la abrió y penetró en una estrecha cabina, utilizaba para nivelar la descomprensión atmosférica.

— Adiós. Hasta luego.

— Que te diviertas, Al — respondió Lew, acercándose para cerrar la puerta.

* * *

Albert Boone caminó con ligereza hacia donde estaba el módulo. Le agradaba la escasa gravedad lunar, que le permitía moverse con singular desenvolvimiento, pese a su envoltura de fibra metálica y protectora.

Otros astronautas solían llevar pesadas suelas de plomo, para aumentar de peso y moverse con la naturalidad con que se movían en La Tierra. En cambio, a Albert le gustaba sentirse ligero.

Tampoco era esfuerzo levantar un objeto de cincuenta kilos. Todo allí perdía un quinto de su peso.

Llegó al módulo y subió ágilmente la escalerilla metálica, abrió la compuerta y dejó la caja sobre el piso. Luego, se sentó y cerró la puerta. Conectó el encendido. Todo estaba en las mismas condiciones que lo habían dejado la víspera. El indicador de combustible estaba a tope. Mike repostó el depósito cuando regresaron de la gruta Samos.

Sin ruido, los motores se encendieron. Albert vio los rostros de sus compañeros en la ventana de la cabina atmosférica. Mike le hizo un saludo con la mano.

La oscuridad se había disipado al encenderse de luz brillante las toberas de escape.

Saludó también él y empujó la palanca del despegue.

Suavemente, el aparato lunar se elevó uno metros del suelo. Luego, funcionó otro reactor y la nave se movió rápida hacia el oeste, alejándose, sin ruido, de la estación norteamericana.

La «araña» volante era un excelente vehículo biplaza para trasladarse en la Luna a grandes distancias. Sus reactores tenían una sincronía perfecta y pilotarlo daba la sensación de encontrarse en un helicóptero.

Boone había tomado muchas prácticas con aquel aparato en los meses que llevaba en La Luna. Incluso conocía el paisaje circundante como el de los prados de New Jersey, donde transcurrió su niñez.

De haber brillado el sol en aquel momento sobre el paisaje lunar, habría visto el colosal cráter de Copérnico a su izquierda y el de Reinhold a su derecha. Habría visto las escarpadas laderas de los montes Apeninos, a su frente, con sus profundas simas inaccesibles,

donde jamás se habían atrevido a descender.

Él sabía que, en aquellas pavorosas fisuras, había aire respirable, líquenes, plantas oscuras. La atmósfera del satélite se había concentrado en el subsuelo lunar, atraída siempre por la fuerza de gravedad. Proporcionalmente, apenas si existía aire. Y el agua extraída era fría, insalobre, sacada de más de mil metros de profundidad. Pero agua, al fin y al cabo.

Algo a la derecha de su camino hacia la base soviética se encontraba el pequeño cráter de Green, y en su interior, medio enterrado por el polvo cósmico, había uno de los mayores fenómenos descubiertos en La Luna.

Albert Boone había visto aquel enorme bloque cuadrado de piedra basáltica, que parecía ser la obra de titanes. La geología lunar era irregular en todas partes, menos en el cráter Green, donde una perfecta simetría surgía del lecho de polvo gris.

Se había intentado excavar en torno al bloque de piedra, buscando alguna entrada que condujese al interior de lo que se creyó un templo. Se había hablado mucho de aquel enorme bloque pétreo, de ochenta metros de cuadro, y se suponía que debía de ser un cubo perfecto, aunque el polvo cubría más de la mitad del bloque.

Pero nada se había descubierto. Ni entradas, ni ventanas, y todo parecía ser completamente macizo.

Otro enigma más. Había científicos y selenógrafos que atribuían el bloque del cráter Green a una desaparecida civilización lunar. Otros lo atribuían a origen galáctico. Un gran cubo, de miles de toneladas de peso, cayó sobre la superficie de La Luna, produciendo el cráter que lo rodeaba.

No era una teoría muy convincente, dada la irregularidad del paisaje, porque aquel bloque era completamente cuadrado, liso. Y, cuando fue descubierto, sólo tenía una capa de polvo de unos centímetros de espesor.

Albert Boone había pensado mucho en aquel lugar, pero jamás pudo hallar la explicación. De todos modos, cuando se pudieran hacer exploraciones con más hombres y equipos más adecuados, posiblemente se desentrañaría el misterio.

Albert siguió pilotando su aparato, hasta que avistó, a lo lejos, la claridad del día, como halo radiante cubriendo el horizonte. Allí empezaba la luz del día lunar, que no era como en La Tierra, ni mucho menos, dada la ausencia de atmósfera difusora. Prácticamente, en La Luna se pasaba de la sombra a la claridad, sin transición alguna.

El cielo, atrás, era negro. Delante era igual, pero todo estaba inundado de luz solar, luz ardiente sofocante, cegadora, que parecía ser absorbida por el suelo grisáceo e impuro del satélite terrestre.

El sol brillaba ya en el horizonte, como un disco de fuego blanco, y Albert hubo de abatir la visera de su casco, para protegerse de los directos rayos que podían cegarle.

Entonces, vio los hongos plateados de la estación soviética. Eran seis «iglos», semejantes a los que los esquimales construyen con bloques de hielo en el Ártico, pero comunicados entre sí por tubos metálicos que permitían el paso de las personas, de una cúpula a otra.

En el terreno alisado por los caterpilares, contiguo a la base rusa, había tres naves plateadas y sostenidas por trípodes de acero. Aquello era un pequeño espaciodromo lunar.

Albert Boone no sentía envidia de que los rusos hubiesen instalado allí tanto material en menos tiempo que ellos, los americanos. No tenía ninguna animosidad contra los astronautas soviéticos, a los que consideraba tan inteligentes y capaces como ellos mismos. Si sus gobiernos eran diametralmente opuestos, por razones ideológicas, eso a él le tenía sin cuidado.

El teniente ingeniero anhelaba que La Luna estuviese pronto poblada de conquistadores. Era factible cubrir aquel árido suelo de grandes cúpulas, inyectarse atmósferas en su interior, regar la tierra, obtener cosechas. Allí mismo, en muchos lugares, habían materiales que tratados térmicamente, podían utilizarse para construir techos y cúpulas cada vez mayores, dentro de las cuales se podrían construir pueblos y ciudades, comunicadas entre sí por vías también cubiertas, como estaban ya haciendo los rusos.

La Luna podía ser habitada. Se establecerían viajes regulares entre La Tierra y La Luna, llegarían hombres, mujeres y niños, que se adaptarían al nuevo ambiente... ¡Y aquel mundo muerto resucitaría!

Incluso, algunos científicos hablaban de producir una atmósfera artificial en tomo a la Luna. El proyecto era fantástico, casi increíble, pero no irrealizable. La Humanidad poseía medios más que sobrados para conseguirlo.

Varios hombres con equipo espacial se movían en el espaciodromo, cuando Albert Boone empujó la palanca para descender. Al poco se posaba sobre el suelo liso, cerca de una de las grandes naves rusas, cuyas moles metálicas se alzaban a diez metros de altura.

Detuvo los motores y abrió la compuerta, a la vez que conectaba

su radio.

— Hola, muchachos — saludó Albert, al tomar la caja con el champán y los cigarrillos que enviaba Lew Ogalla a sus colegas rusos.

— Hola, teniente Boone — le replicó la voz del coronel Wladimir Zyranousk, que era uno de los individuos ataviados con traje espacial que se acercó—. Bienvenido a nuestra base.

Albert descendió y estrechó la enguantada mano del coronel soviético, un hombre joven, bien parecido y perfectamente rasurado, como se apreciaba bajo su casco transparente.

Dos hombres más se acercaron. Uno de ellos era el comandante Boris Gydansky, a quien Albert ya conocía. El otro, que le era desconocido, le fue presentado como el geólogo Gregor Kodorak.

— Kodorak llegó ayer de Berezovo. Éste es su primer día en La Luna.

Albert Boone hablaba en ruso, como aquellos hombres. Y lo hacía con bastante perfección, porque pasó dos años en la Universidad de Moscú, como miembro de un grupo de intercambio cultural entre la U.R.S.S., y los Estados Unidos.

— Venga, Boone — añadió Zyranousk, sonriendo —. Le agradará conocer a Sonia.

Fueron hacia la entrada del mayor «iglo» metálico. Allí también había una cabina intermedia, de descompresión, donde debieron ajustar sus válvulas. Luego, pasaron a una sala circular, provista de grandes ventanas.

Y allí vio Albert por primera vez a Sonia Karazoff, rubia, escultural de rostro ovalado y fascinante, ojos grandes y boca reidora y jugosa. La muchacha vestía un buzo plateado, con cremallera, y le sonrió, tendiéndole la mano y diciendo, en inglés:

— *How are you,* señor Boone?

— *Oh, well.* And *you, miss Sonia*? — replicó él. Ambos sonrieron abiertamente. A Boone le gustó Sonia desde el primer momento, y no por ser la primera mujer que llegaba a La Luna.

CAPÍTULO II

Sonia Karazoff tenía veinticuatro años, y, aparte del saludo que dirigió a Boone, apenas si conocía una docena más de palabras en inglés. Sin embargo, su simpatía y belleza quedó bien patente desde el primer momento.

— Me alegro de conocerle, teniente Boone —dijo ella, ahora en ruso —. Me han dicho que es usted el hombre que ha vivido más tiempo en La Luna.

—Sí, soy el hombre cobaya de la NASA.

— ¿No le perjudican las intensas radiaciones?

— No, estoy bien protegido. Pero no debemos tener cuidado al respecto. Yo enviaría aquí a todos los cancerosos de La Tierra, con la seguridad de curarlos.

De una puerta, surgió otro hombre, joven y barbudo, que fue presentado a Boone como el capitán Wasili Leontevo, experto en comunicaciones espaciales, físico, químico y miembro de la Academia de Ciencia de la U.R.S.S. También era nuevo en el Mar de los Vapores y había llegado la víspera, junto con Sonia.

— ¿Cuántas personas son ahora aquí? —preguntó Albert y Zyranousk.

— Doce.

— Vaya, eso está bien. ¿Dónde están?

— Unos descansan y otros prestan servicio. Dentro de poco estaremos todos reunidos. Quiero mostrarle algo, Boone — añadió Zyranousk—. Venga usted conmigo.

Albert Boone siguió al coronel ruso, seguido de Sonia y de Wasili Leontevo, hasta una habitación inmediata, convertida en una especie de despacho. Sobre una mesa metálica había una caja metálica, larga y estrecha, provista de dos cierres.

Wladimir Zyranousk abrió la caja. Bajo la tapa había un cristal, y dentro, en un lecho de espuma plástica, se veía una espada de acero, con empuñadura de hueso y guardamano cincelado. El arma parecía estar en perfectas condiciones;

—¿Una espada española del XV? — preguntó Boone, perplejo.

— Exactamente. Lleva un escudo, hecho al fuego, en donde consta que fue fabricada en Toledo, a fines del siglo XV — contestó Zyranousk.

— ¿Y por qué me enseña usted esto? — preguntó Albert, sintiendo un extraño hormigueo recorrerle la médula espinal.

— Porque esta espada ha sido hallada aquí, en la Luna, hace unos diez días.

— ¿Eh?

— Nosotros no la hemos traído — siguió diciendo Wasili Leontevo, sustituyendo en la charla al coronel Zyranousk—. Y nos gustaría saber si se trata de una broma de ustedes.

— ¡Desde luego que no! ¿Dónde la encontraron?

— Al pie del cráter Aristarco, donde mañana vamos a realizar nuestra exploración —dijo Sonia, con aire muy serio—. Por favor, teniente Boone. No podemos concebir que esta espada haya llegado desde La Tierra a la Luna por arte de magia.

Albert Boone estaba tan atónito y perplejo, mirando la espada, que no sabía qué responder.

— Hemos encontrado cosas extrañas en este mundo, muerto al parecer. Meteoros hundidos en los cráteres, cuyo origen no hemos podido descubrir. Hemos hallado agua, aire, fuego y hasta el enorme bloque pétreo y simétrico del cráter Green... ¡Pero jamás esperábamos encontrar una espada española del siglo XV!

— ¡Es lo más inaudito que había escuchado jamás! — declaró Albert Boone—. ¿Cómo se explican ustedes la presencia de ese objeto en La Luna?

— No podemos explicárnoslo, a menos que la hayan traído ustedes y alguien la haya dejado cerca del cráter Aristarco.

— Con sinceridad — repuso Boone—. Eso no ha venido en ninguna de nuestras naves. ¿Tienen alguna teoría, explicación lógica...?

— Sólo que esa espada no ha venido sola desde Toledo hasta aquí — dijo Wladimir Zyranousk—. E intentaremos, por todos los medios, averiguar quién la trajo.

— ¡Increíble! ¿Cómo iba nadie a llegar hasta aquí antes que nosotros?

— Eso no lo sabemos, teniente Boone. Pero esa espada revela un misterio insondable y se nos ha ordenado que investiguemos al respecto. Por eso le hemos hecho venir. Cabía la posibilidad que alguno de ustedes la hubiese dejado allí, por alguna razón.

— No, no... Deben descartar esa posibilidad. ¡Cielo Santo, jamás hubiese creído...! ¿Cómo ha viajado esa espada hasta aquí?

— Hay una teoría — dijo Sonia Karazoff—. Alguna nave de origen extraterrestre pudo visitar nuestro planeta hace cuatrocientos o quinientos años. Alguien se llevó esa espada de allí y la trajo aquí. Como en la Luna no hay humedad ni erosión en su superficie, el metal no se ha oxidado...

— ¿Estaría cubierta de polvo? — preguntó Albert.

— No. Fue hallada por mí mismo en una grieta de la parte exterior del cráter, a una altura de ciento veinte metros del nivel inferior, y no parecía llevar allí mucho tiempo — explicó Zyranousk, muy serio —. Vi brillar su acero desde gran distancia. Cuando me acerqué y la tomé, no podía creer que aquello fuese cierto.

— ¡Y hemos de descartar completamente que los tercios españoles del emperador Carlos V hubiesen llegado hasta aquí! — terminó Wasili Leontevo.

* * *

La pequeña fiesta social de los rusos, a la que asistió Albert Boone estuvo presidida por un clima de auténtica camaradería que la presencia del teniente americano no empañó en nada, dado que éste hablaba ruso como todos ellos.

Sin embargo, la sorpresa de Albert había sido tanta que no podía sustraerse a la idea de que algún terrestre hubiese llegado antes que ellos a La Luna. El tema de la conversación, por tanto, siguió siendo el de la espada de acero toledano.

Se había bebido champán durante la cena, que fue sobria, pero sustancial. Se comió caviar y salmón, carne y huevos frescos. El pan era blando y blanco, recién hecho en un horno que habían traído los rusos.

Albert Boone pudo apreciar muchos de los adelantos que disponían sus anfitriones, debido a la gran potencia de sus naves espaciales, en donde podían transportar todo lo que quisieran.

— Escuche, coronel Zyranousk — dijo Albert, aprovechando una ocasión en la sobremesa—, ¿no podría yo acompañarles en esa expedición?

—No, lo siento. Y no crea que es cosa mía. Ya están seleccionados los dos grupos que han de ir al cráter de Aristarco. Comprenda que nosotros descubrimos la espada y queremos averiguar más acerca de su hallazgo. Es cosa nuestra.

— Creo que eso es egoísmo científico. Yo podía haber dicho que era un objeto traído por nosotros y perdido en una expedición. En cambio, les he dicho la verdad.

— Le prometo notificarle lo que encontremos. Pero la Academia de Ciencias nos ha ordenado, verificar únicamente si la habían traído ustedes antes de iniciar la exploración.

— ¿Cuántos van a esa expedición? — insistió Boone.

— Cuatro personas... Sonia, Leontevo, Gydansky y Kodorak.
— ¡Por favor, déjeme unirme a ellos!
— Lo siento. No puedo. Hagan ustedes otra expedición por su cuenta.
— No disponemos de suficiente, personal. Yo puedo serles útil, coronel.
— No lo dudo. Pero las órdenes son terminantes.
Albert frunció el ceño.
— ¡Daría cualquier cosa por estar presente si encuentran algo más revelador! ¡Es incomprensible cómo ha podido llegar esta espada hasta aquí! ¡Cuando lo cuente a nuestra base de Houston no van a creerlo!
— No podemos evitar que usted informe a sus superiores. Sin embargo, permítame sugerirle a usted que ruegue la mayor discreción con respecto a la divulgación de este hecho. Si llega a oídos de la prensa, el ruido será espantoso. Mis superiores se pondrán en contacto con la NASA para silenciar este hallazgo, hasta que hayamos realizado una profunda investigación.
Sonia Karazoff se acercó a Albert en aquel momento, llevando dos copas de champán.
— Teniente Boone, deseo brindar con usted.
— ¡Oh, muchas gracias, Sonia! Es usted muy amable.
Ambos levantaron sus copas.
— Por todos nosotros, teniente Boone.
— Por usted, que merece mis mayores elogios por su belleza.
La sonrisa de Sonia envolvió al americano, fascinándole.
— Gracias por el cumplido, teniente. Espero poder visitar su base a nuestro regreso de la expedición.
— No es gran cosa, Sonia. Apenas si podemos movernos allí. Pero será usted muy bien recibida por todos nosotros.
— ¿No piensan ustedes enviar a ninguna mujer?
— No. Entre los seleccionados no hay ninguna mujer. Se habla de que las habrá en el futuro, pero nuestras mujeres no se sienten atraídas por este mundo, que consideran muerto.
— Es una lástima. En la Unión Soviética, cualquier mujer se sentiría inmensamente halagada por ser aceptada su candidatura para un vuelo espacial. Tenemos miles de mujeres dispuestas a venir a La Luna.
— En América también hay miles de mujeres que vendrían, pero no quieren someterse al intenso entrenamiento que se exige.
— Es preciso que no sean ustedes tan severos en eso. Está demostrado que un organismo normal no necesita ninguna clase de

preparación para vivir aquí. Sin embargo, nos preocupa bastante el desarrollo de la vida humana en este ambiente.

»¿Se ruborizará usted si le digo que me gustaría más hacer la prueba con usted que con el comandante Gydansky?

Albert, desde luego, se ruborizó intensamente, porque no esperaba escuchar de labios de aquella hermosa mujer lo que acababa de oír.

— ¿Qué… quiere decir, Sonia?

— He venido a La Luna a casarme con Boris, para que nazca en este mundo el primer selenita. Es una experiencia más que debemos realizar.

— Pero… ¡Oh, me ha dejado usted tan confuso!

Ella sonrió de modo encantador y tomó a Albert del brazo, familiarmente.

— Es usted más guapo que Boris… ¡Véale, parece un pequeño oso de Siberia! Pero está biológicamente sano. Un perfecto varón. — Parecía como si Sonia hubiese bebido demasiado. — No es lo que se dice un matrimonio por amor, pero sí necesario para la ciencia. Mi hijo habrá de nacer y vivir aquí los primeros años de su vida.

— ¿Va usted a permanecer en la Luna varios años?

— Sí. Boris, en cambio, regresará a Berezovo dentro de algunos meses.

— ¡Envidio al comandante Gydansky! — dijo Albert, impensadamente.

Ella le agradeció la deferencia con una sonrisa. Luego, le besó en la mejilla y se fue hacia donde dos mecánicos rusos preparaban sus «balalaikas» y otros ensayaban saltos y pasos de baile con las rodillas dobladas.

Albert Boone no pudo sustraerse a los pensamientos que le embargaban. Y para él, la fiesta ya no tuvo aliciente. Dos horas después, mientras Sonia bailaba con todos, se despidió de Wladimir Zyranousk, diciendo:

— Discúlpeme con todos. Prefiero irme sin interrumpir su diversión. El mayor Ogalla me dijo que no estuviese mucho tiempo. ¿Me acompaña?

— Sí, con mucho gusto.

* * *

Lew Ogalla estaba durmiendo bajo su especie de cortina negra, para evitar la luz durante los largos días solares.

— Escucha lo que dice Al — dijo Mike, con voz tensa.

Lew sacudió la cabeza, bostezó y escuchó lo que Albert tenía que decirle. A medida que escuchaba, sus ojos se agrandaban paulatinamente.

— ¡No! ¡Eso no puede ser, Al!

— ¡La he visto con mis propios ojos!

— Te han tomado el pelo. Algo persiguen esos soviets con... ¿Quién diablos va a traer aquí una espada, si no han sido ellos? Llegar a este mundo ha costado a los contribuyentes norteamericanos muchos miles de millones de dólares y a los rusos otro tanto. Cientos de miles de hombres han trabajado durante años para que nosotros estemos aquí... ¿Y vas a hacerme creer que alguien ha llegado antes que nosotros, dejándose una espada del siglo XV? ¡Vamos Al, si comunico eso a Houston o Cabo Kennedy me mandan un siquiatra!

— El coronel Zyranousk no estaba bromeando cuando me la enseñó.

Lew Ogalla se levantó y se puso los pantalones, a la vez que se calzaba las zapatillas de cuero. Apartó a Albert y Mike y fue hacia donde estaba la mesa de comunicaciones. Maquinalmente, ejecutó los movimientos de conmutadores y diales que le ponían en comunicación con la base soviética.

— Soy el mayor Ogalla. Deseo hablar con el coronel Zyranousk.

Una voz desconocida respondió, con marcado acento ruso:

— No estar... Salir en compañía expedición...

— ¿Y no puede comunicarme con él?

— Aguardar... Yo intentar. —Hubieron algunos zumbidos extraños y luego, tras el intercambio de palabras en ruso, la voz del coronel Zyranousk, llegó a través del amplificador—: Sí, mayor Ogalla. Soy Wladimir Zyranousk. ¿En qué puedo servirle?

— ¿Qué historia es esa que me ha contado Albert? ¡A mí no me hace usted tragar que han hallado una espada!

— Lo siento, mayor Ogalla. Eso es lo que hay. Estamos investigando. Espero que, al final de la investigación, si es que llegamos al final, no resulte que ha sido una broma de ustedes. Les creo muy capaces de ello.

— ¡Bobadas, Zyranousk! — rugió Ogalla—. No puedo tomarle en serio. Y no comunicaré esa patraña a Houston.

—No nos estorba que no lo haga, mayor. Ahora nos dirigimos hacia el cráter Aristarco. Regresaré dentro de doce horas. El equipo de exploración permanecerá allí seis días. Ya pasaré a visitarles y hablaremos.

— De acuerdo. Buen viaje.

Lew Ogalla cortó la comunicación.

— ¡Vaya tontería! —exclamó—. ¡Una espada española! ¡Bah!

— Hay más — dijo entonces Albert Boone—. Los rusos quieren traer a la vida al primer ser selenita. Para eso ha venido la teniente Karazoff que va a casarse con el comandante Gydansky.

— Eso no me extraña — replicó Ogalla—. Les gustan los experimentos.

— Según dice Al, la teniente Karazoff no es, precisamente, un experimento —comentó Mike Kane, sonriendo —. ¿Por qué la NASA no realiza una de esas pruebas conmigo y con una chica de mi elección?

Lew Ogalla soltó una carcajada. En cambio, el semblante de Albert Boone ni se alteró siquiera.

* * *

Wladimir Zyranousk pilotaba el pequeño reactor plateado, diseñado en la U.R.S.S., para exploraciones lunares, que era un aparato de líneas atrevidas, capaz de volar a gran velocidad en el vacío y de deslizarse sobre el suelo, a velocidad media, sobre cuatro ruedas que llevaba plegadas dentro de un complicado fuselaje.

El «Z-5», como se llamaba el vehículo, podía transportar hasta cuatro personas, en asientos individuales, y llevaba un compartimento posterior para doscientos cincuenta kilos de carga. Allí llevaban el equipo necesario para la exploración.

Sonia Karazoff, equipada con el traje de vacío característico de los astronautas soviéticos, estaba sentada detrás de Wladimir Zyranousk. Dirigía la mirada hacia la superficie de La Luna, envuelta casi en las sombras. A su lado, también con equipo espacial, estaba el comandante Boris Gydansky, que era un hombre de unos treinta años, de regular estatura y muy cerrado de barba.

Un hombre inteligente y hábil, según se había demostrado. Pero con un defecto a los ojos de Sonia: ¡no era el hombre que ella hubiese elegido como esposo!

Naturalmente, los sentimientos personales de cada uno nada tenían que ver con el «matrimonio» que les había sido impuesto. En alguna oficina estatal, un burócrata eligió sus nombres, a petición del grupo de biólogos de la Universidad de Moscú. Oficialmente, pues, Sonia Karazoff y Boris Gydansky ya eran marido y mujer. Se necesitaría un permiso muy especial para deshacer el matrimonio.

¡Y ninguno de los dos se amaba!

Éste era el tema de conversación, mientras la nave del coronel

Zyranousk y la que le precedía se dirigían hacia el cráter de Kepler, y no de Aristarco, como habían dicho horas antes de partir.

—Yo respeto tus sentimientos, camarada Karazoff — decía Gydansky—. Pero piensa en que ambos os debéis al pueblo. Debe ser un alto honor para ti que vuestro hijo haya sido elegido para ser el primer ser humano nacido en La Luna.

— Confié en que Boris fuese... de otra manera. Lo siento, camarada coronel. No creo que ser capaz de aceptar eso.

— ¡No soy tan repulsivo! — se defendió Gydansky.

— ¡Por favor, no se trata de eso! Sólo os he pedido tiempo. Acabo de llegar. No conocía a Boris... Debo habituarme a la idea de que el partido desea nuestra unión. No me niego a ello. Pero deseo conocer mejor a Boris, tratarle más íntimamente. Puede que hasta llegue a quererle con el tiempo.

»Esta exploración nos puede favorecer mucho.

— Bien, no hablemos más. Ya está dicho todo — asintió Zyranousk—. Tenéis seis días para estar juntos. Leontevo y Kodorak nos os molestarán. Les he ordenado que procuren, en lo posible, mantener cerradas sus radios. Así os sentiréis más libres... ¡Y, por mi felicidad futura, que te envidio, camarada Gydansky! ¡Conquista a tu esposa antes de que la conquiste otro! Los papeles puedo anularlos en cuanto me plazca. Lástima que yo esté casado... ¡Me encantaría esta aventura!

— Esas expresiones son demasiado bruscas para mi sensibilidad femenina — suplicó Sonia—. No esperen de mí que piense y actúe como uno de ustedes.

— ¡Hay que abolir las barreras convencionales, Sonia! — exclamó Boris.

— La naturaleza me ha hecho mujer. Yo no tengo la culpa. De todas formas, creo que yo no importo mucho. Los científicos han dicho que soy capaz de tener hijos y Boris también está físicamente sano. Por eso, a nuestro regreso, obedeceremos las órdenes.

— Esperaba oírte decir eso, Sonia. No podías fallamos.

— Habría sido lamentable — añadió Boris, por decir algo.

«¡Cada vez lo encuentro más desagradable! —pensó Sonia—. ¡Si fuese como el teniente Boone! ¡Ah, qué distintos son!».

Sonia Karazoff ignoraba que existen leyes naturales misteriosas que forman los lazos sentimentales de los seres humanos. Y ella que antes había aceptado dócilmente la orden del matrimonio sin amor con Boris Gydansky, ahora veía un obstáculo casi infranqueable en la realización de aquella experiencia científica que allá en La Tierra era un hecho natural y lógico entre millones de matrimonios.

En el cielo, el disco azul brillante del planeta Tierra parecía ir siguiéndolos en su ruta hacia el cráter de Kepler, como si intentase seguir transmitiendo la influencia que la madre tierra había ejercido siempre sobre los seres nacidos en aquel mundo querido.

Boris Gydansky alargó su mano enguantada y tomó la de ella, pretendiendo poner de su parte un poco de íntimo sentimiento de ternura. Pero su gesto resultó demasiado oficial, frío, impersonal, y Sonia retiró la mano en el acto, diciendo:

— Gracias, Boris. No es necesario.

El semblante de ella estaba pálido. Boris lo notó y sonrió.

— ¿Estás enamorada de otro hombre?

Sonría no contestó. Sentía un intenso ahogo en el pecho.

— Por favor… No hablemos más de esto — dijo, a los pocos segundos.

— Está bien.

— Ya estamos llegando… Me gustaría que brillase ya el sol — dijo Wladimir Zyranousk—. Pero todavía han de pasar tres días. Los focos nos servirán de mucho.

—Debíamos haber esperado. La oscuridad puede ser peligrosa.

— Las órdenes no se discuten, Sonia —replicó Zyranousk.

Sonia ya no volvió a despegar los labios hasta que el aparato volador inició su descenso hacia el interior del cráter Kepler.

CAPÍTULO III

El mayor Ogalla y Albert Boone descendieron del módulo y se acercaron a los dos rusos que venían hacia ellos, hoscos los semblantes detrás de los cascos de vacío.

— ¡No puedo creerlo, coronel Zyranousk! —fue lo primero que dijo Ogalla, a través de su radio.

Albert Boone observó que el coronel soviético llevaba ahora la funda de una pistola al cinto. Su camarada, el geólogo Kodorak, también llevaba otra arma.

Se estrecharon las manos.

— No le engañaría en una cosa de éstas, mayor Ogalla.

— ¿Ha comunicado usted con Berezovo? —preguntó Lew Ogalla.

— Sí. En estos momentos, posiblemente, su gobierno también esté enterado de lo ocurrido... Tengan la bondad de venir.

Los dos norteamericanos siguieron a los dos rusos hasta el interior de la instalación soviética en la Luna. Cuando salieron de la cámara de descompresión y empezaron a quitarse los cascos, cerrando las válvulas del oxígeno, vieron a Sonia Karazoff, sentada en una silla, con aire apesadumbrado.

Albert se acercó a ella y murmuró, en ruso:

— Lo siento, Sonia.

— ¡Oh, amigo mío! ¡Fue algo inesperado y terrible! ¡En estos momentos, yo podía estar muerta, en lugar de Boris!

— ¿Cómo ocurrió? — preguntó Albert.

Lew Ogalla se acercó a saludar a Sonia.

— ¿De qué habláis? — preguntó, en inglés, a Albert.

— De la muerte del comandante Gydansky —respondió Albert.

— Es mejor que vengan a verlo — intervino Zyranousk.

— Sí — asintió Lew Ogalla—. Vamos.

— Ella es la teniente Sonia Karazoff—presentó Albert.

La joven estrechó la mano de Lew, levantándose. Luego, todos fueron hacia la compuerta que comunicaba con uno de los pasillos metálicos, cuyas paredes eran circulares y el suelo plano. Había cajas y material a lo largo del pasillo, pero no les impidió el paso.

Al llegar a la cabina siguiente, Wladimir Zyranousk abrió la compuerta. Pasaron todos a una cámara semejante a la anterior, en donde estaba la enfermería, equipada con todo lujo de instrumentos. Allí había un hombre en bata blanca. El capitán

Wasili Leontevo se encontraba con el médico. También había otro hombre, mecánico, que se llamaba Sergei.

Wasili Leontevo saludó militarmente y fue hacia un gran armario metálico, destinado a recoger muestras lunares.

—Éste es el doctor Sorevo — dijo Zyranousk.

Leontevo tiró del cajón metálico, que era grande como un ataúd. Dentro, completamente desnudó, yacía el cadáver del comandante Boris Gydansky, con una mancha de sangre en el pecho, sobre el corazón, donde se veía perfectamente la señal de la herida que le produjo la muerte.

Albert y Lew contemplaron el cadáver unos instantes. El mayor Ogalla se volvió entonces al coronel Zyranousk.

— ¿Y la flecha? — preguntó.

El coronel soviético fue a una vitrina y la abrió, sacando un objeto anacrónico en aquel ambiente.

— Véanla. Es lo más insólito que podíamos hallar en La Luna.

Lew Ogalla tomó la saeta, que medía unos treinta centímetros de largo. Su punta era de hierro y estaba manchada de sangre. La parte posterior mostraba cuatro delgadas guías de algo parecido a plástico negro. El cuerpo era de aluminio, al que se le había incrustado la punta de hierro.

— ¿Qué opina usted de eso, mayor Ogalla? —preguntó Zyranousk.

— No parece una saeta de las que se arrojan con arco.

— No, en efecto. Sonia vio el instrumento utilizado en su lanzamiento y asegura que era una especie de ballesta.

— ¿Y el hombre?

Todos se volvieron a Sonia Karazoff, la cual se cubrió el rostro con las manos.

— Era un hombre blanco, como nosotros. Tenía una poblada barba y vestía una armadura que le cubría pecho y brazos. No pude fijarme mucho en él porque emitió un grito y desapareció entre las fisuras del túnel.

»Hube de atender a Boris.

— Nosotros llegamos poco después y no vimos a nadie — habló Wasili Leontevo—. Registramos aquellas cavidades, sin éxito. Luego, comprendiendo que, sin armas, nos exponíamos a correr la misma suerte del pobre comandante Boris, optamos por salir al exterior, tomar las naves y regresar a la base.

— Un hombre blanco, barbudo, semejante a nosotros y vestido con una armadura de tiempos del imperio español — comentó Lew Ogalla—. Se me hace muy difícil de creer, si no fuese por esto.

— Debo decirle también que el hecho no ocurrió en el cráter de Aristarco. Le dijimos que íbamos allá para que ustedes no intervinieran en nuestra expedición.

— ¿Dónde ocurrió? — preguntó Ogalla.

— En el cráter Kepler.

— ¿Es allí donde encontraron la espada?

— Sí.

— Eso está cerca de nuestra base. Cien millas al norte... ¡Y cerca del cráter Green! — declaró Albert Boone.

— Exactamente — admitió el coronel Zyranousk—.

Y ahora están ustedes allí dentro del período de día lunar. A la luz del sol es más fácil efectuar un reconocimiento del interior del cráter.

— Empiezo a comprender por qué han actuado ustedes de ese modo, explorando en la oscuridad —dijo Lew Ogalla —. Bien, ¿cuándo quiere que vayamos allá, coronel Zyranousk?

—Cuando ustedes estén dispuestos.

— Debo advertirles que no tenemos armas. En la próxima expedición, espero recibirlas. Regresaré inmediatamente a la base y comunicaré a Houston lo ocurrido. Espero que acelerarán el envío de material y hombres. Este descubrimiento va a conmover al mundo.

— Me temo que lo considerarán de otro modo y guardarán el secreto — replicó el coronel ruso—. No es conveniente divulgar la noticia sin que sepamos exactamente lo que ocurre. Les dejaremos armas, pero debo advertirles que no debemos emplearlas, a menos que sea absolutamente necesario.

»Puede tratarse de un solo individuo o de todo un grupo. En cualquier caso, quienes quiera que sean han de ser capturados vivos y no debemos causarles ningún daño... ¡Algo me hace suponer que son humanos y coterráneos nuestros!

— ¿Lo dice usted por la espada y la ballesta?

—Exactamente, mayor Ogalla — terminó Wladimir Zyranousk.

* * *

— Creí volverme loca de terror... Aquella galería, el aire que llenaba el ambiente, las paredes destilando agua... ¡Y luego aquella aparición!

— ¿Cómo era? Trata de describirme todo lo que recuerdas — suplicó Albert, inclinándose sobre la mesa, hacia Sonia.

—La coraza era brillante. Tenía hombreras y brazos articulados.

Pero su cabeza estaba al descubierto. Una cabellera enmarañada y oscura. La barba revuelta... Ojos pequeños, semicerrados... ¡Ah, llevaba guantes oscuros! Y sus piernas estaban enfundadas en botas de cuero muy altas que terminaban por encima de las rodillas. No sé si llevaba pantalones, porque la coraza se unía con las botas.

»Pero recuerdo perfectamente la ballesta que empuñaba con las dos manos.

— ¿Viste por dónde se fue?

— No. La luz se agitó en mi mano, al ver caer a Boris, a quien alumbré instintivamente. Cuando levanté el foco y alumbré hacia adelante de nuevo, aquel individuo extraño había desaparecido, ocultándose en alguna de las muchas grietas que había a derecha e izquierda del túnel.

»Luego, atraídos por mis gritos, llegaron Kodorak y Leontevo. Fueron ellos quienes registraron entre las grietas, sin descubrir nada. No pudimos entretenernos mucho, porque Boris tenía la saeta profundamente hundida en el pecho y habíamos que trasladarle.

»Se nos murió durante el trayecto. No pudimos hacer nada por él.

— Volvamos al individuo — insistió Albert, hablando siempre en ruso—. ¿No llevaba casco de vacío?

— No.

— ¿Cómo respiraba, pues? ¿Debo suponer que existía atmósfera dentro del túnel?

— Posiblemente. Nosotros no hicimos la comprobación— contestó Sonia.

Intervino el coronel Zyranousk, diciendo.

— La galería era descendente. Su entrada estaba situada en la parte interior del cráter. ¿No es así, Leontevo?

— Exactamente, camarada coronel — replicó el aludido.

El único que no despegaba los labios en la reunión en torno a la mesa, era el mayor Ogalla, sentado junto a Albert y examinando los datos que éste último iba escribiendo, en inglés, acerca de las explicaciones que le daban los otros en ruso, y que servirían, después, para redactar un amplio y detallado informe.

El equipo soviético no estaba fingiendo. Eran conscientes de que el descubrimiento de La Luna no era potestad privada de la Unión Soviética. Precisamente, a raíz de la llegada de los rusos a La Luna, en una asamblea de las Naciones Unidas, se había establecido que el satélite natural de La Tierra no podía ser territorio particular de ningún país. Quedó establecido que toda la Humanidad había participado en su conquista, y por tanto, nadie podía abrogarse el

derecho de propiedad. Tampoco podía ser utilizada La Luna como base militar desde la cual amenazar los países usufructuarios a las naciones de La Tierra.

No se acordó que sobre la superficie de La Luna ondease la bandera de la ONU, y eran las soviéticas y norteamericanas las que pendían, flácidas, dada la ausencia de viento, de los mástiles de las bases afincadas allí.

Además, ocurría que, estando tan solitarios los astronautas y La Tierra tan distante, los hombres de ambos grupos se sentían extrañamente hermanados. No era extraño, pues, que rusos y americanos, que tan mal se entendían en La Tierra, se llevasen bien en aquel mundo hasta el momento considerado desierto.

— Creemos, por lo tanto, que, dadas las circunstancias, alguien de ustedes debe acompañamos en la siguiente expedición al cráter de Kepler —terminó Zyranousk, en inglés, mirando fijamente a Ogalla.

— Sí, eso creo yo también —afirmó el aludido—. Sin embargo, nosotros somos sólo tres, mientras que ustedes son once. Dentro de poco, cuando ampliemos. nuestra base y recibamos más ayuda, se podrá efectuar una exploración más amplia y en igualdad de fuerzas.

»En el momento presente, sólo podemos prescindir de un hombre.

— Comprendido —admitió Zyranousk—. ¿Quién de ustedes vendrá?

— Yo — dijo Albert Boone.

— Sí — añadió el coronel Zyranousk—. Prefiero que sea el teniente Boone. Habla nuestra lengua y debemos mantenemos en estrecho contacto durante la exploración.

—Sólo quiero saber una cosa, coronel Zyranousk — dijo Ogalla —. ¿Qué medidas piensan adoptar para que no les ocurra lo mismo que con el comandante Gydansky?

El coronel ruso frunció el ceño:

— No podemos adoptar muchas. Habrá dos naves «T-5», en el exterior. El doctor Sorevo irá con ellos y podrá intervenir inmediatamente a cualquier herido. Irán armados y se emplearán las armas sólo para intimidar o herir, no para matar.

»También hemos pensado colocar unos escudos de plástico muy rígido sobre el pecho de los expedicionarios, a fin de contener las saetas... ¿Qué otra cosa podemos hacer?

— Analizar el ambiente y comprobar si hay atmósfera dentro de aquellas galerías — replicó Ogalla—. El teniente Boone llevará un

contador atmosférico.

— De acuerdo. También llevarán las radios conectadas para que, desde el exterior, el equipo de auxilio, y yo, desde la base, sepamos lo que está ocurriendo. También hemos pensado en que alguien vaya provisto de un carrete de hilo, a fin de dejar un rastro que pueda ser utilizado para retroceder. Hay que tener en cuenta que aquella galería es enrevesada y laberíntica, descendiendo siempre hacia el interior de La Luna.

— De acuerdo en todo, ¿Cuándo piensan ponerse en camino?

— Mañana mismo, si es que ustedes no tienen inconveniente— terminó el coronel Zyranousk.

— Ninguno. El teniente Boone puede quedarse aquí. Yo regresaré a nuestra base, donde, dadas las circunstancias, no me gusta dejar solo al capitán Kane.

Dada por terminada la reunión, todos se levantaron.

* * *

Aquella noche — bajo un radiante sol mucho más intenso que en La Tierra—, Albert Boone cenó con Sonia Karazoff, en el comedor que los rusos tenían para su comunidad.

Estaban solos. Los demás miembros de la expedición soviética se encontraban, o bien descansando, o realizando los preparativos para la arriesgada expedición del día siguiente.

Se notaba cierta tensión en todos los componentes de la expedición rusa. Albert lo había observado, aunque él también estaba dominado por el nerviosismo y la expectación. Intuía que iba a ocurrir algo extraordinario, pero no sabía qué.

Él y Sonia eran los únicos que no tenían nada que hacer. Al invitado americano se le había asignado, para su descanso, la misma cabina del comandante Gydansky, pero no le hacía gracia tenderse a descansar en la litera del muerto. Por esto retardaba en todo lo posible la hora de retirarse a descansar, aparte de que le seducía Sonia y prefería estar allí, conversando con ella.

— Boris Gydansky era, oficialmente, mi marido — había dicho Sonia.

Después explicó a Albert para qué había sido enviada ella a La Luna, sin omitir detalle.

— ¿Y te has prestado a esa experiencia? — preguntó Albert, perplejo.

— Aparte de ser un alto honor para mí, presto un servicio a la ciencia.

— No te comprendo. Yo no me casaría con una mujer a la que no quisiera, aunque me lo mandase el propio presidente de los Estados Unidos. Hay muchos modos de resolver eso. Cualquier astronauta casado y su esposa podían efectuar esa experiencia.

— Sí, en efecto. Cualquiera podía hacerlo, pero fui elegida yo — dijo Sonia, tristemente—. Aquí no se pueden tener en cuenta los sentimentalismos. Se da una orden y es preciso cumplirla. Soy oficial del ejército, geólogo y astronauta. Hay muchas más como yo, pero el honor se me hizo a mí. Soy…, ¡y no es presunción!, más hermosa que mis compañeras.

»No se podía emplear a un hombre que no llevase algún tiempo en La Luna, y por eso se eligió a Gydansky, que llevaba aquí ocho meses y era soltero. Pero el destino ha cambiado las cosas.

— Procura no atormentarte ahora en eso…

— Mi temor es que una nueva orden de la Academia de Ciencias, me obligue a casarme con Sergei, el mecánico, o Alexander, el astrónomo. Son los dos únicos hombres solteros que hay en la base.

Albert Boone extendió su mano y asió la de ella, sonriéndole.

— ¿No aceptarían en Moscú que una muchacha rusa se case con un americano?

Ella miró a Albert, sin sorpresa.

— Yo no tendría inconveniente en casarme contigo, teniente Boone. Te lo digo en serio. Debo decirte que no tengo prejuicios. He sido educada dentro de las doctrinas del partido y estoy convencida de que el compañero ideal de una mujer es un hombre de su agrado.

— Lo malo es que, aunque me gustas más que nadie, no veo modo de celebrar aquí una boda —contestó Boone, sonriendo —. Si estuviésemos en mi país, cualquier juez nos casaría en un momento, por cinco dólares.

— En el mío nos costaría menos — replicó Sonia, también sonriendo—. Pero no digamos tonterías. Somos simples piezas de un engranaje científico-burocrático y no somos libres de hacer nuestra voluntad.

— ¿No? — preguntó Albert, levantándose sin soltar la mano de Sonia.

— Sería una traición a… ¿Qué haces?

— Voy a besarte, teniente Karazoff — dijo él, atrayendo a Sonia hacia sí.

Ella se levantó también y no opuso resistencia alguna. Al contrario, cuando él la apretó contra su pecho y encontró sus labios,

Sonia se estremeció y sus brazos rodearon el cuello de él, con avidez.

En aquel instante se abrió la compuerta de la cabina y pareció el coronel Zyranousk, quien aguardó unos segundos, sin hablar, mirando a la pareja con una sonrisa conmiserativa. Luego, exclamó:

— Ya está bien...

Terriblemente avergonzado, Albert Boone soltó a Sonia y se volvió.

— Lo siento, coronel Zyranousk... Ha sido sin querer.

Sonia, por el contrario, sonreía muy satisfecha.

— He aquí un hombre que me gusta, coronel.

— No lo dudo en absoluto. Pero tu difunto esposo aún está insepulto.

— ¡Boris Gydansky no era mi esposo! —exclamó Sonia.

El coronel ruso se acercó, frotándose el mentón.

— ¿Te gusta más este apuesto oficial americano, Sonia?

— Sí.

— ¿Y usted, joven amigo, la quiere también? — añadió Zyranousk, mirando a Boone.

Albert entornó los ojos.

— Digamos que sí... ¡Pero yo no puedo servir de conejo de indias para experiencias soviéticas!

Zyranousk miró duramente a Boone.

— Todos los americanos son parecidos. Les seduce el «flirt». Sonia es bonita, sin duda. Pero usted no quiere compromisos con ella... ¡Es igual, no importa!

— ¡No tiene usted sentimientos, coronel! — replicó Albert, altivamente.

— En este caso, no. Sonia Karazoff ha sido enviada aquí para convertirse en madre. No es otra su misión. Y si Boris Gydansky ha muerto, usted puede sustituirle.

— ¡No le permito que me hable en ese tono!

— ¡Ha sido usted quien ha iniciado esto! No le hemos hecho venir para ocupar el puesto del infortunado Gydansky. Soy práctico y sé aprovechar una circunstancia. Para los efectos, es usted tan útil como lo era el infortunado Gydansky. Lleva el suficiente tiempo en La Luna como para haber sufrido el bombardeo de radiaciones que exige la Academia de Ciencias. Es usted joven, viril y apuesto... ¡Y no le desagrada a Sonia!

»¿Quiere una orden escrita?

— No es necesario. En mi familia nadie contrajo matrimonio de este modo — replicó Albert.

— ¿Cuántos hombres de su familia se han encontrado anteriormente en La Luna, en circunstancias como ésta, teniente Boone?

— Bueno... Quiero decir que... Podría amar a Sonia, con el tiempo. Me gusta y, tratándola un poco...

— ¡Todos los capitalistas son iguales! ¡No sabe usted lo que quiere! En cambio, nosotros sabemos siempre lo que necesitamos y deseamos. Y no podemos perder el tiempo. Hay unos programas que cumplir... ¿Qué me importa a mí si el hijo de la teniente Karazoff es de Gydansky o de usted? Yo sólo deseo ver el fruto biológico de una unión. No hay misterio en eso. ¿O es que ignora usted cómo nace un niño, teniente?

— Buenas noches, coronel Zyranousk — replicó Albert, dignamente—. Con su permiso, me retiraré a descansar. Mañana convendrá estar muy despierto.

— Como guste, teniente. Usted se lo pierde... Sonia es una mujer agraciada, digna y...

— ¡Basta, coronel Zyranousk! — gritó Sonia, fuera de sí —. ¡Me estás ofreciendo como si yo fuese una vil mercancía!

— ¿No le estabas besando?

— ¡Eso a ti no te importa!

— Con su permiso, señor — dijo Albert, yendo hacia la salida.

— Buenas noches, teniente Boone — replicó Zyranousk, con sorna—. Que descanse usted.

— Si no mandas nada más, yo también me retiro — añadió Sonia.

— Nada, teniente. Puedes retirarte... ¡Ah, y conste que he pretendido ayudarte! Dentro de unos días, posiblemente, llegarán tus órdenes de matrimonio: ¿Qué te parece el mecánico Sergei? Tiene veintiocho años y es hijo de campesinos...

CAPÍTULO IV

El mayor Lew Ogalla se posó, abordo del módulo lunar que servía de transporte a los americanos, en el espaciódromo en donde se encontraban las tres naves soviéticas.

Los «Z-5», pequeñas naves auxiliares, estaban ya preparadas y un mecánico ruso montaba guardia junto a ellos, armado con un ametrallador «Simonov».

Nadie salió a recibir al mayor norteamericano y éste se dirigió a la entrada de la base, donde el capitán Leontevo le abrió la compuerta de la cabina de descompresión. Consigo, Ogalla llevaba una caja que sujetaba de un asa.

Dentro de la cabina dedicada a sala de reunión, el coronel Zyranousk estaba dando instrucciones a las personas que debían llevar a cabo la expedición.

Albert Boone estaba allí, provisto de un escudo de plástico negro, como Gregor Kodorak, Sonia, el doctor Sorevo, un astronauta, llamado Ivan Markowitch, y otros dos hombres. En total, la expedición estaba compuesta por siete personas. Wasili Leontevo no formaba parte de ella, por necesitársele en la base, dado que se esperaba la llegada inmediata de una nave «Soyuz», modernizada, que partió aquella noche de la estación interplanetaria intermedia.

Zyranousk saludó brevemente a Ogalla y dijo:

— Estaba dando las últimas instrucciones. ¿Ha recibido usted noticia de Houston, mayor?

— Sí; Se acelera el envío de varias naves espaciales, que, al parecer, se tenían destinadas para otros programas. En el curso de las próximas semanas, mi gobierno quiere enviar aquí hasta treinta expedicionarios.

— Nosotros también vamos a recibir ayuda. Se nos pide, sin arriesgarnos demasiado, procuremos localizar al individuo que mató al comandante Gydansky.

— ¿Creen que sólo se trata de un individuo? —preguntó Ogalla.

— Si fuesen muchos, ¿no piensa usted que ya habríamos tenido noticias de ellos?

— No lo pienso así. Puede que esos individuos tengan ya noticias de nuestra presencia aquí, pero se ocultan por considerarnos un peligro — respondió Ogalla.

— No sé qué decirle. Todo es posible. De todos modos, es

preferible que sean varios y no uno solo. De este modo, siempre podremos encontrar alguno con vida. Desde luego, ha de ser un ejemplar raro de individuo, que ha de poseer inteligencia, aunque sea primitiva, y que nos explicará, de algún modo, todo lo que deseamos saber.

— Esperemos que así sea.

Ogalla había entregado a Albert Boone el analizador de atmósfera. Ahora, aprovechando que Zyranousk daba instrucciones a Leontevo, porque él también iba a acompañar a los expedicionarios, aunque no pensaba tomar parte en la exploración del cráter, el jefe americano dijo:

—Nos interesa extraordinariamente un análisis completo de la atmósfera en aquella galería. Pon especial cuidado en el registrador y anota los datos. Observa la línea verde. Siempre que la aguja se mueva sobre esa raya, la atmósfera es respirable. Si pasa a la roja es señal de que hay peligro para nuestros pulmones. Como ves, el analizador está protegido contra golpes.

— De acuerdo, mayor — contestó Albert, en tono frío.

— ¿Te han tratado mal aquí?

— ¡Oh, no; todo lo contrario! —replicó Albert, con desdén, mirando a Zyranousk —. En otras circunstancias, esto habría sido fabuloso.

— No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

— Oficialmente, me han ofrecido esa hermosa chica— dijo Albert, señalando a Sonia, la cual, al darse cuenta de que hablaban de ella, enrojeció y abatió la mirada.

— Comprendo, Al. No te inquietes. Yo en tu lugar habría hecho lo mismo.

— ¡Pero si no he hecho nada, mayor! — se defendió Albert, como si le acusaran de un terrible pecado.

— ¿No? — Ogalla arqueó las cejas, extrañado—. ¡Pues no está nada mal, canastos!

* * *

Descendieron dentro del circo pétreo del cráter Kepler, con murallas de hasta mil quinientos metros de altura. Una capa de polvo cósmico cubría el suelo, y sobre ella pudieron ver las huellas dejadas por la anterior exploración. Incluso se veían las manchas de sangre dejadas por Boris Gydansky, al ser evacuado, ya sin vida.

De los dos aparatos salieron los dos grupos.

A los pocos minutos, volando sin ruido, llegó también el módulo

americano, pilotado por el mayor Ogalla, en donde venía también Albert Boone.

Todos iban equipados con trajes de vacío, cajas de oxígeno a la espalda, armas y escudos sobre los resortes de sus equipos.

El coronel Zyranousk, que regresaría en el módulo americano, con Lew Ogalla, dio las últimas instrucciones a través de la radio individual.

— Irán todos juntos, sin separarse más de un metro de distancia unos de otros. Gregor llevará la luz delantera y Sonia la trasera. El teniente Boone llevará un arma en la mano. El capitán Markowitch llevará el carrete de hilo y otra arma. Las radios siempre abiertas. ¿Alguna duda?

— No, ninguna.

— El doctor esperará en la «Z-5», con los pilotos. Nosotros estaremos también aquí, durante toda la primera exploración. No podemos abandonar las bases, y por esto, el primer registro será de dos horas, transcurridas las cuales, retrocederán. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Miraban en derredor, contemplando aquel agreste y silencioso paisaje, en donde los siglos parecían haberse detenido. Aquello continuaba teniendo el mismo aspecto muerto de toda La Luna... ¡Pero allí, dentro de las galerías que parecían llevar a las mismas entrañas del satélite, había muerto un hombre, con una saeta clavada en el pecho! Alguien se refugiaba allí, un ser viviente, como mínimo. Alguien, cuya presencia nadie podía explicarse, porque aquel mundo había sido considerado siempre como muerto y desierto, sin vida.

Se estrecharon las manos y los cuatro expedicionarios, en el orden que debían penetrar en las galerías, se pusieron en marcha.

El geólogo Gregor Kodorak, no muy tranquilo, iba en cabeza, seguido del capitán Markowitch, quien dejó amarrado el extremo del carrete de hilo de doce kilómetros que llevaba a la espalda, a una de las naves auxiliares.

Sonia y Albert cerraban la marcha.

El joven teniente americano llevaba el analizador de atmósfera en la mano izquierda. La derecha la llevaba libre, aunque una pistola «Naganka» iba en la funda de su cintura, abierta y con la culata al exterior.

Bajo el polvo que pisaban sus pies, el suelo era duro, aunque, pese a las recias botas magnéticas que ahora llevaba, Albert tuvo la sensación de estar caminando sobre la arena. Observaba el suelo con detenimiento, mientras se acercaban al farallón rocoso.

— No se ven más huellas que las dejadas por vosotros, Sonia — dijo.

Ella no respondió. Apenas había intercambiado un saludo, por la mañana, con el norteamericano. Parecía molesta con la presencia de él.

— ¿Cuál es la gruta? — insistió él.

— Aquel agujero grande que se ve detrás de esa piedra inhiesta.

Efectivamente, Albert vio como una hendidura alargada, en el muro de piedra. Las sombras en su interior eran acusadas.

Pronto estuvieron todos ante la entrada de la gruta. Allí se detuvieron para encender las potentes antorchas eléctricas.

— Si apareciese nuestro individuo de la coraza del siglo XV, antes de darle tiempo a disparar su ballesta, hay que arrojarse al suelo — remarcó Albert.

La voz del coronel Zyranousk llegó hasta ellos, a través de la radio:

— Me parece acertado lo que dice el teniente Boone. Actúen con sensatez y rapidez. No se expongan innecesariamente.

Luego, el cuarteto penetró en la fisura, que tenía un suelo de configuración irregular, como si, en épocas pretéritas, hubiese discurrido por allí agua o un torrente de lava. Todo estaba, empero, completamente seco y, a los pocos metros de la entrada, ya no se veía ni una mota de polvo.

La galería, que podía llamarse así, hasta cierto punto penetraba en el interior del muro del cráter, ligeramente en descenso. Luego, se interrumpía y fue preciso salvar una serie de escalones, grotescamente colocados por capricho de la naturaleza, para luego descender de modo más empinado, como si se perdiera en las entrañas de La Luna. Era necesario agarrarse a los salientes del muro, que habían muchos, para no resbalar.

— ¿Todo el camino es así? — preguntó Markowitch.

— Hay tramos más lisos y otros más difíciles. Pero ya estamos llegando a donde mataron a Gydansky — contestó Sonia.

Albert miraba las paredes y el techo con detenimiento. De pronto, se detuvo y lanzó una exclamación.

— ¿Qué es esto?

Sonia alumbró su antorcha hacia él. La voz de Zyranousk, muy apagada, llegó hasta todos ellos:

— ¿Qué han visto?

Albert estaba estirando el cuello y examinando una señal grabada en el muro con trazo grueso, donde se leía, con extraña caligrafía: «Hasta aquí se puede respirar en 1612, probable año de

Gracia de su Majestad Serenísima Carlos V».

— ¿Qué dice ahí? — preguntó Sonia.

—Algo que no acabo de entender bien... Parece escrito en español antiguo, medio latín y medio castellano... Pero yo no soy filólogo.

— Todo parece coincidir — murmuró Sonia—. Los españoles debieron de llegar hasta aquí en esa fecha que se lee claramente en números romanos... Mil seiscientos doce.

— ¡Pero eso es absurdo! — declaró Iván Markowitch—. ¿Cómo pudieron llegar hasta aquí los súbditos del imperio castellano?

— ¿Cómo hemos llegado nosotros? — retrucó Albert Boone.

— En naves espaciales. Pero, en aquellas fechas, no había naves del espacio.

— No afirmaría yo tal cosa — contestó Albert —. Y menos después de lo que empezamos a saber. No olvide la espada de Castilla... El hombre con la armadura y la ballesta... ¡Y esto!

— Es conveniente copiar ese texto. Tomaré una fotografía. Alúmbrenme bien, por favor — dijo Gregor Kodorak, con voz trémula.

Albert sostuvo la antorcha del propio Kodorak, mientras Sonia hacía lo mismo. El geólogo ruso llevaba una máquina fotográfica colgada del cuello, provista de un pequeño «flash». Tomó varias vistas del escrito sobre la roca.

Luego continuaron descendiendo, hasta llegar al sitio en que Sonia indico:

— Aquí estábamos Boris y yo cuando apareció el hombre... Él se encontraba junto a esos agujeros.

La galería era allí muy amplia. Albert observó que el analizador de atmósfera indicaba la línea verde. Allí dentro, pues, se podía respirar.

— ¿Puede oírme, coronel Zyranousk? — preguntó.

— Muy débilmente... ¿A qué profundidad se encuentran?

—No habremos descendido ni cien metros — contestó Albert —. Pero si nos quitamos los cascos de vacío, no nos pasará nada. La atmósfera, aquí dentro, es tan pura como en La Tierra.

— No se quiten los cascos, por si acaso. ¿Han visto algo más?

Antes de que Albert pudiera responder, Kodorak les llamó, con acento nervioso:

— ¡Vean esto! ¡Otro escrito en el muro! Éste con pintura roja, y parece ser reciente.

Se acercaron todos. Sobre una superficie plana y blanca, vieron el extraño escrito siguiente: «Don Pablo de Cano, Maestre Mayor de

la Orden de Caballeros de Castilla, hubiésede dado muerte a un bellaco animal plateado, de no haberle sido cegada la vista por un sol que andávade por aquesta galería. Hoy, anno de gracia de MCMLXXII. Dios salve al que sea actual emperador de España».

El escrito ocupaba casi veinte centímetros cuadrados de la piedra irregular. Ivan Markowitch lo leyó varias veces y luego los tradujo con dificultad al ruso, alzando la voz para que los jefes ruso y americano, que aguardaban en el exterior, pudieran oírlo.

— Es una lástima —dijo Markowitch—, el no haber aprendido bien el español cuando estuve en Cuba, hace diez años. Pero sé lo suficiente para comprender ese extraño lenguaje escrito. Aquí parece existir una asociación de hombres, llamada de Caballeros de Castilla, y ese don Pablo de Cano, nombre auténticamente español, parece ser su Presidente. Afirma que mató a un animal de plata, pero no pudo comprobarlo porque un sol que entró en la galería le cegó... ¡Y está clarísimo que termina deseando la salvación del actual emperador de España! Pero lo más extraño es que el año es correcto. Quienquiera que habite aquí, vive y se rige por el mismo año cristiano que nosotros... ¡Se trata, pues, de antiguos castellanos y creyentes!

* * *

Provistos de los cascos, no pudieron escuchar el ruido del hierro que hacían los extraños hombres que surgieron de varias fisuras de la galería.

Casi todos iban provistos de extrañas armaduras, muchas de ellas en nada semejantes a las del siglo XV y XVI. Los habían con yelmos celajes, otros con golas, jubón, polainas del tiempo de las campañas de Flandes, y hasta con alabardas.

Pero había otros que iban armados con arcabuces y mosquetes, de extraño diseño antiguo. En lo que todos coincidían era en las espadas en la mano o el cinto y los puñales damasquinados.

Los había barbudos y rasurados, jóvenes y mayores. Pero casi todos eran morenos, de ojos pequeños y piel blanca o ligeramente cobriza.

Antes de que los exploradores pudieran darse cuenta, aquel compacto grupo de hombres les había rodeado, apuntándoles con sus armas. Un hombre alto y fuerte, engolado y con una coraza metálica, sobre la que brillaba una gran cruz de oro, apuntó a Sonia con la punta de su brillante espada, gritando algo que los expedicionarios no pudieron oír.

Fue Albert quien vio, detrás de aquellos hoscos individuos, a otros sujetos, flacos, medio desnudos, también de piel blanca, barbudos, de largas melenas y pies descalzos, que sostenían en alto como unas piedras alargadas, en cuyo extremo aparecía un punto rojizo, escasamente luminoso, en comparación con las antorchas eléctricas que llevaban Sonia y Kodorak.

El hombre del aspecto imperioso, golpeó a Sonia en la lámpara, rugiendo siempre.

— Que no se mueva nadie — dijo Albert—. Creo que intenta decir a Sonia que apague la lámpara. Obedézcanle. Y si nos quitamos los cascos, podremos escuchar sus palabras.

Albert dejó en el suelo el analizador de atmósfera y procedió a desenroscar su propio casco. Fue entonces cuando oyó la voz de Don Juan Ojilva de Sotogrande, iracundo:

— ...seremos jamás vuestros esclavos. ¿Entendídolo habéis, bellacos voladores? Y vuestros buques alados nos han de ser entregados. Sabedlo bien.

No era fácil entenderle, ni siquiera pudiéndole oír. Albert, con el casco ahora en las manos, recurrió a las escasas palabras de español que conocía:

— Perdón... señor... Rusos y americanos... Expedición lunar... Nosotros venis espacio... Tierra.

— ¿Qué «fabláis» vos? —exclamó don Juan Ojilva, que había retrocedido unos pasos, hasta tropezar con la barrera de sus seguidores, los cuales habían avanzado con sus antiguas armas, apuntando a los expedicionarios—. ¿Quiénes sois? A fe mía, y por la de mis antepasados, que nos asemejáis bastante... ¿Cuál es vuestra lengua pagana?

De entre aquellos individuos se destacó uno, que llevaba la cabeza afeitada, excepto un cerco de pelo negro, y que vestía un hábito muy raído, de franciscano. De su cinto pendía un Cristo de madera.

Antes de que el individuo pudiera despegar los labios, Albert se acercó a él, se le arrodilló delante y, tomando el crucifijo, lo besó respetuosamente. El fraile, emocionado, al parecer, puso su mano sobre la cabeza y alzó la mirada hacia el techo de la galería, musitando:

— ¡No es un pagano! ¡«Aqueste» hombre enviálo el Señor!

— ¿Qué decís, Fray Lope? — preguntó don Juan Ojilva, atónito —. ¿Es un cristiano y no habla nuestra lengua?

—Recuerde los códices, vuesa merced — replicó el fraile—. En el mundo de nuestros ancestores había naciones que «fablaban»

lenguas exóticas. Pero este hombre ha reconocido el cuerpo del Crucificado y se ha postrado ante Él, besándole. Vengan de nuestro mundo de origen o de otro, demuestran una fe que sólo comparten nuestros hermanos.

— ¡Voto a Lucifer, Fray Lope! ¡Ahora resulta que no son enemigos nuestros!

— No, no lo son. Y Dios es testigo.

— Bien... Los llevaremos a Burgos y comparecerán ante el Virrey.

Albert se había puesto de pie e hizo gestos a los rusos de que se quitaran los cascos, para poder oír directamente a los extraños personajes de las cavernas lunares. Sonia Karazoff fue la primera en obedecerle. En cambio, Gregor Kodorak estaba hablando a gritos con el exterior e informando de cuanto había visto.

— Perdón... No sabemos hablar su lengua — dijo Albert, a don Juan Ojilva—. Pero traeremos intérpretes... No pretendemos causarles ningún daño.

— ¡Basta de palabras sin sentido! —exclamó el jefe de la partida lunar—. Vendréis con nosotros. ¡Pero apagad esas luminarias diabólicas!

Señaló con la punta de la espada la linterna de cuarzo que todavía sostenían Sonia y Kodorak. Éstos, como si le hubiesen entendido, apagaron las luces. Entonces, los puntos rojos de las antorchas de piedra dejaron la galería iluminada por una extraña coloración rosada, muy tenue.

Fray Lope de Toledo se situó al lado de los astronautas, sonriéndoles. Un grupo de aquellos singulares españoles se situó delante y otro cerró la marcha. Todos juntos penetraron en una oquedad descendente.

Una espada cortó el hilo que iba dejando Iván Markowitch.

De aquel modo, los expedicionarios terrestres recorrieron una serie de extrañas galerías y túneles naturales, envueltos siempre en la semipenumbra rosada y sin que ninguno pudiera saber dónde se encontraban cuando llevaban caminando más de diez minutos.

Albert se volvió a Markowitch y le preguntó, en voz baja:

— ¿Sabe usted algo de español?

— Sí. Estuve en Cuba unos años, como asesor técnico.

— Le conviene repasar lo que aprendió allí, capitán. Por lo que veo, estos hombres hablan un español bastante antiguo. Y debemos estar preparados para lo que pueda ocurrir.

— ¿No sabe usted dónde nos llevan?

— No. Ya lo sabremos. No debemos mostramos reacios. De

momento no creo que corramos peligro. Hay que abrir bien los ojos y observar todo cuanto nos rodea.

— Deben de tener alguna ciudad subterránea — dijo Markowitch.

—Sí, es de suponer. En estas galerías se respira la misma atmósfera que tenemos en La Tierra. Esa debe ser la causa de que vivan aquí. Estoy ávido por saber cómo llegaron aquí.

Sonia intervino en la conversación, diciendo, en voz baja:

— Por su aspecto, estos hombres viven del mismo modo que se vivía en La Tierra en el siglo XVI, cuando la conquista de América. Estoy pensando en que alguien o «algo» que los españoles no descubrieron, debió traerse a la Luna algunos de aquellos hombres y estos son sus descendientes.

— ¿Qué «algo» los trajo? — preguntó Albert, arqueando las cejas.

— Una nave espacial, sin duda — afirmó Sonia.

— ¿Te das cuenta de lo que eso significaría?

— ¿Y qué otra explicación cabe? He observado a esos individuos pequeños y escuálidos que llevan las luces rosadas. Parecen terrestres degenerados, aunque también pueden pertenecer a otra raza... Se diría que estos hombres de armas son los señores y los otros sus esclavos.

Poco después, Albert Boone habría de saber que Sonia estaba en lo cierto. Pero antes debían suceder cosas muy asombrosas e increíbles.

La primera fue que, de pronto, empezó a disiparse la oscuridad. Luego, desembocaron en una amplísima galería, cuyo techo parecía ser de cristal, y la luz del sol llegaba hasta ellos.

Allí vieron edificios de piedra, sillería, palacios, calles pavimentadas y hombres y mujeres que parecían arrancadas de las páginas de la historia de España, durante los reinados de Carlos V y Felipe II.

CAPÍTULO V

Les condujeron a un impresionante palacio, cuyo estilo castellano era inconfundible. Incluso había jardines con setos, árboles, flores de las más variadas y exóticas especies.

Una guardia con yelmos y alabardas formaba al pie de la escalinata. Eran hombres altos y fornidos, de recortada barba, ropas de colores, en las que destacaba el terciopelo, y la plata y el oro lucía por todas partes.

Don Juan Ojilva de Sotogrande hizo detener al grupo en una antesala que parecía El Escorial, o al menos, diseñada por Herrera, y desapareció en uno de los amplios y alfombrados corredores, cuyas paredes cubrían tapices con extraños dibujos, donde se mezclaba la cultura castellana con algo confuso y exótico, jamás visto en La Tierra.

Fray Lope de Toledo intentaba por todos los medios hacerse entender con Ivan Markowitch, pero ambos parecían hablar lenguas distintas, aunque el oficial soviético se esforzaba extraordinariamente por recordar el deficiente español aprendido durante su estancia en Cuba.

Albert Boone apenas conocía una docena de palabras castellanas y pretendía, con ellos, formar una conversación, cosa que resultaba altamente decepcionante.

La idea más acertada, empero, la tuvo Sonia, al ponerse el casco, una vez dentro de aquella increíble población subterránea, pero iluminada por el Sol, y comprobar que oía perfectamente las llamadas que Wladimir Zyranousk había ordenado enviar cada minuto, intentando, desesperadamente, establecer contacto con la expedición desaparecida.

Y Sonia informó de todo lo ocurrido, explicando:

— Nos han llevado a lo que parece una población fastuosa, llena de gente pintoresca y mujeres con ropas del siglo XVI. Una tiene la impresión de haber retrocedido en el tiempo. Nuestra dificultad es no entender su lengua, pero no nos cabe duda de que esta gente desciende de los antiguos españoles.

— ¡Pero eso es imposible, teniente Karazoff! — exclamó la voz del coronel Zyranousk.

— Veo centenares de personas con la curiosidad asomada a los ojos. Nos llevan hacia un fastuoso palacio que se ve al fondo de esta avenida. Todos gritan y preguntan, pero los que nos escoltan no

responden. Un extraño fraile sonriente nos ha defendido pues, sus intenciones, al parecer, era la de matarnos como si fuésemos seres extraños.

— ¡Y lo sois! ¡Voy a comunicar inmediatamente con Berezovo! Necesitamos intérpretes.

— Sería conveniente no perder el contacto. Por medio de la radio podemos interpretar sus palabras — añadió Sonia.

— De acuerdo. Me trasladaré inmediatamente a nuestra base. El doctor Sorevo hará de intermediario de comunicaciones. Hay que ganar tiempo hasta que podamos ir en vuestra ayuda.

— No te preocupes por nosotros — replicó Sonia—. No creo que nos ocurra nada malo. Ni siquiera han quitado las armas al capitán Markowitch y al teniente Boone.

Mientras esperaban en la sala del palacio del Virrey, uno de los caballeros castellanos hizo señas a Sonia para que se quitase el casco y permaneciera como sus compañeros. Ella asintió y comunicó por radio que debía, momentáneamente, suspender la comunicación.

Se despojó del casco. Albert le preguntó:

— ¿Has hablado con el exterior?

— Sí. Ya les he dicho lo que ocurre.

— ¿Y qué te han contestado?

— Que aceptemos la situación de buen grado. Procurarán traducir, por medio de la radio, todo lo que nos digan.

Albert reflexionó. Luego, examinó el casco que llevaba en la mano, observando la disposición del micro y los auriculares interiores. Con rapidez, desenroscó el micro y uno de los auriculares, hasta separar ambos objetos del casco. Hubo de arrancar uno de los cables, pero lo volvió a empalmar sin más ayuda que los dientes y los dedos. Luego, sostuvo los dos aparatos con las manos.

Cuando llevaba un rato hablando con el doctor Sorevo, uno de los hombres que le escoltaba, le puso la espada en el pecho, sobre el peto de plástico, preguntándole:

— ¿Con quién «fabláis» vos?

— No entender, señor.

— ¡Yo te haré entender, renegado! — exclamó el sujeto, alzando su espada, con ánimo de golpear con ella a Boone.

Éste adivinó sus intenciones y se ladeó, esquivando el acero, a la vez que desenfundaba velozmente la pistola:

Todos los caballeros de don Juan Ojilva de Sotogrande efectuaron un movimiento envolvente y amenazador. Sonia, a su

vez, detuvo la mano de Albert, gritándole:

— ¡No dispares!

Seguramente, los «españoles» habrían acabado con sus cautivos, de no haber sido por Fray Lope de Toledo, que alzó los brazos al cielo, clamando:

— ¡Basta, deponed las armas! — Se volvió al hombre que había intentado herir a Albert y añadió —: Conténgase vuesa merced, señor don Hernando Yáñez. Os repito que son cristianos.

— ¿Cristianos? ¡Hacedles besar a todos el crucifijo y veréis como son diablos y retroceden a los infiernos de donde proceden!

— ¡Vos mismo habéis visto a este joven besar a Cristo, arrodillado! — replicó el fraile.

— ¡Que lo besen también los otros! —increpó, furioso, el llamado Hernando Yáñez.

Fray Lope se volvió a los astronautas, mostrándoles el crucifijo.

— ¡Dios! — dijo.

Los tres rusos sacudieron la cabeza negativamente, como si no comprendieran. Sólo Albert entendió y se dio cuenta del peligro que estaban corriendo. Por esto dijo:

— Parece que deben ustedes reverenciar a Cristo, amigos. Háganlo, cuales, quiera que sean sus convicciones, o nos tomarán por paganos, sino por algo peor. Recuerden que nuestras dos pistolas poco pueden hacer contra las ballestas y los arcabuces que nos apuntan.

Sonia asintió y se acercó al fraile, besando el crucifijo. Kodorak pareció vacilar, pero lo besó también.

Ivan Markowitch hizo lo mismo.

* * *

Al poco, ya calmados los ánimos de los caballeros, reapareció don Juan Ojilva de Sotogrande, acompañado por un hombre delgado que vestía a la usanza de los chambelanes de Carlos V, con jubón de terciopelo, mangas acuchilladas, gola, bonete, cinto, espada y calzón corto, con medias y zapatos con hebillas doradas. De su cuello pendía una gran cadena de oro y una medalla artísticamente cincelada.

Aquel individuo se acercó a los astronautas y los examinó de pies a cabeza, con sumo interés.

— ¿Quiénes sois? — preguntó.

Ivan Markowitch respondió:

— Hemos venido de La Tierra.

— ¿De La Tierra? — se extrañó el individuo—. ¿Cómo es que sabes nuestra lengua?

—Estuve en Cuba, hace algunos años.

— ¿Cuba? ¿Dónde está eso?

— En América.

— ¿Qué es América?

— Perdón. Yo no soy español, sino ruso — replicó Markowitch —. No hablo bien español... Pero lo entiendo algo.

— Yo también os entiendo a vos — replicó el Virrey, cuyo nombre era don Baltasar de Arguelles y Robles—. Aunque vuestro lenguaje no es como el nuestro. Pero no cabe duda que venís de La Tierra. Mas decidme, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

— En naves espaciales.

— ¿Naves? ¿Hay acaso océanos entre La Tierra y Sirio?

— Son naves provistas de cohetes. Surcamos el espacio.

La sorpresa del Virrey era cada vez mayor y su desconcierto grande.

—¿Naves que vuelan? — preguntó.

— Exactamente, señor.

— ¡Ah! Es muy singular. Nuestros antepasados también llegaron aquí en una nave voladora.

Incluso Albert, que escuchaba atentamente, comprendió el significado de aquellas palabras, antes de que Markowitch las tradujese.

— ¿No entienden ellos? — preguntó el Virrey.

— Ellos no hablar español. No han estado en Cuba como yo.

— ¿Cuba? ¿Cuba? ¿Qué lugar es ése?

— Fue el primer lugar donde desembarcó Cristóbal Colón.

Este nombre hizo abrir desmesuradamente los ojos al Virrey, quien exclamó:

— ¡El Gran Almirante de la Mar Océana! ¿Habéis oído hablar de él?

— Su nombre está en la historia, como el descubridor de América.

— ¡Descubrió las Indias Occidentales, el imperio del Gran Khan!

Markowitch sonrió a su vez.

— Cierto, señor. Cuba se llamó, en principio la isla Española.

— ¡Ah! ¡Es asombroso, casi increíble! Vienen ustedes del mismo planeta del que vinieron nuestros antepasados... Somos, pues, semejantes en todo. ¿Qué opináis, Fray Lope?

El franciscano abatió su rapada cabeza y musitó: —Creo que debíamos echar las campanas al vuelo, Excelencia. No sólo no son

enemigos nuestros, sino que Dios los ha enviado al otro lado del cielo para traernos noticias de nuestra desconocida y jamás olvidada Castilla.

— Bien, caballeros — habló el Virrey—. Deponed vuestras armas. Estos seres serán nuestros huéspedes. Que les faciliten alojamiento en palacio, se laven y se vistan con ropas que no sean extrañas, y acudan a mi mesa donde serán atendidos como se merecen. — Y, volviéndose a los astronautas, añadió —: Burgos es vuestra ciudad, caballeros. Sean bienvenidos a ella.

El Virrey se retiró y lo mismo hicieron los hombres de armas, quedando sólo don Juan Ojilva y varios criados de raza castellana, quienes les acompañaron a través de amplios y suntuosos pasillos, hasta cuatro suntuosas habitaciones, provistas de lechos de piedra, con doseles, banquetas de cuero y madera, alfombras, escabeles, espejos y cortinajes.

Al penetrar en la habitación que le fue asignada, Albert creyó encontrarse en el siglo XV. El sirviente que le acompañó, hablando en castellano, le mostró lo mullido del lecho, las ventanas ojivales que daban a un frondoso y paradisíaco jardín, con fuentes de agua y surtidores artísticos.

También vio Albert curiosos candelabros con velas de piedra, sin pábulo, pero con una gema roja que despedía, incluso a luz diurna, rosados destellos.

— ¿Qué... es... esto? — preguntó al siervo.

—Luz de roca, para la larga noche siria — replicó el sirviente.

— ¿Cómo llamar a ti? —preguntó Albert, mirando al nombre.

— Paje... Soy vuestro paje, señor. Mi nombre es Pedro Jiménez.

Albert entendió y sonrió.

— Paje, Pedro.

— Sí, señor. Yo le ayudaré a vestirse nuestras ropas— diciendo esto, Pedro Jiménez se dirigió a la puerta. Antes de salir hizo una reverencia.

Albert empezó entonces a despojarse del pesado traje espacial, no sin antes conectar la radio y efectuar una llamada al exterior, cruzándose su voz con la de Ivan Markowitch, que estaba hablando con Wladimir Zyranousk e informándole de cuanto ocurría.

— ¿Quería usted algo, teniente Boone? — preguntó el jefe de la expedición soviética.

— Si le informa ya el capitán Markowitch, no es necesario que lo haga yo. Le ruego que se comunique usted con el mayor Ogalla.

— Ya lo he hecho, teniente Boone. El mayor ha regresado a su base. Le tenemos informado.

— Perfectamente, coronel Zyranousk. Y dígale que es asombroso cuanto estamos viendo.

— Sí, perfectamente. Lástima que no hablen ustedes bien español. Pero pronto recibiremos intérpretes y especialistas.

La puerta de la habitación de Albert se abrió de nuevo, apareciendo el paje Pedro, acompañado de cuatro de aquellos individuos pequeños y medio desnudos, que llevaban una especie de bañera de latón, muy artística y cincelada, la cual arrastraban sobre ruedas.

Otros seis esclavos entraron después con cántaros de agua tibia y perfumada. Viendo a los esclavos preparar el baño, Albert preguntó al paje:

— ¿Quiénes son ésos?

— Hijos de sirios.

— ¿Qué?

— Los que trajeron a nuestros antepasados a Sirio.

Albert sacudió la cabeza, sin comprender. Aquellos sujetos eran pequeños, deformes, de piel apergaminada, cabezas ligeramente gruesas, calvos y ojos amarillentos y saltones. Su vaga semejanza con un humano era repulsiva. Sin embargo, obedecían las órdenes que les daban sin replicar jamás, ni abrir siquiera la boca.

Pedro Jiménez ayudó a Albert a desvestirse, tocando sus ropas con cierto respeto y depositándola sobre el lecho. Luego, mientras Albert se bañaba, salió para regresar con preciosas prendas de fina tela, lo cual hizo pensar a Albert que los habitantes de aquel pueblo subterráneo debían de tener industrias textiles.

De todo ello habrían de tener noticias horas después, cuando se les acompañó al suntuoso comedor del Virrey, quien les esperaba, acompañado de su familia, su esposa y cuatro hijos...

* * *

Era un salón suntuosísimo. Jamás había visto Albert tanto lujo, oro plata, piedras preciosas y extrañas tallas en piedras exóticas.

La mesa estaba servida al estilo español antiguo, en vajilla de plata. A todos les dieron guantes finos de hilo y les hicieron sentar, no sin antes presentarles a la Virreina, doña María de las Nieves de Olmedo y Cano, y a sus hijos, don Sebastián, don Diego, don Rodrigo y doña Isabel, ésta última, una preciosa criatura de ojos grandes y tristes, muy pálida y delgada, pero bella, cuya primera impresión en Albert fue de hallarse enferma. Luego, habrían de saber que la tuberculosis anidaba en su pecho juvenil, aunque el

Virrey y sus médicos ignoraban tal dolencia.

El primer plato fue una especie de sopa, muy picante y caliente, que comieron los astronautas por puro compromiso. Luego, los criados les sirvieron una especie de albóndigas en salsa, donde pudieron probar las especias sublunares, con marcado sabor a azufre. El Virrey les aconsejó que probasen el vino, diciendo:

— Tiene cien años. Sirio es el paraíso de los bodegueros castellanos.

Ivan Markowitch tenía en mente la misma pregunta de Albert y los otros. Por esto observó:

— Señor, ¿a qué llama usted Sirio?

—Al mundo en que vivimos.

— Pero nosotros llamamos a esto La Luna.

— ¡Ah, no! La Luna, según nuestros viejos códices, es el planeta más próximo a nuestra lejana Tierra— replicó el Virrey.

Morkowitch tradujo las palabras del Virrey y luego dijo:

— Temo que está usted equivocado. Esto es La Luna y La Tierra es el planeta más próximo. Estamos a cuatrocientos mil kilómetros de distancia.

— ¿Kilómetros? No entiendo — dijo el Virrey, mirando a sus hijos, que tenían los cuellos estirados y escuchaban con suma atención, pretendiendo captar el sentido de las extrañas y apenas comprensibles palabras de Markowitch.

Estaban saboreando una excelente carne, parecida a la del cordero, pero más fina y aromática, cuando el Virrey dijo:

— Nuestros antepasados iban en un galeón, rumbo a Nueva España. Era el año de gracia de 1530, por real cédula de su Graciosa Majestad el Emperador Carlos V. Cruzaban la mar Océana y habían dejado días atrás las islas Canarias… He estudiado bien la historia, ¿saben?

Ivan Markowitch intentó traducir estas palabras, sin mucho éxito. Por fortuna, todos los astronautas estaban identificándose con aquel lenguaje antiguo y adivinaban, más por los gestos de las manos de don Baltasar de Arguelles y Robles, que por sus palabras.

— Debió de ser increíble lo que vieron flotando en el mar — siguió diciendo el Virrey—. Salió ante ellos, no se sabe si del fondo o del aire. Nuestros antepasados seguramente exageran al narrar la odisea. Fuera como fuese, «aquello» se les acercó. Los sirios que iban a su bordo lanzaron ondas de sueño y todos cayeron dormidos sobre cubierta.

»Al despertar, se encontraron dentro de una gran sala, hombres y mujeres revueltos. Allí no se respetó clase alguna y el labrador se

mezcló con el ilustre prócer, el gañán con el bachiller y el ex convicto con el hombre honrado.

»Los sirios no hicieron distinciones. No todos llegaron a su destino. Algunos murieron durante el largo viaje y fueron quemados en hornos. Los que sobrevivieron llegaron a Sirio. Eran unos sesenta, entre hombres y mujeres.

»Aquí se instalaron, aunque los sirios no se metían con ellos. Les daban agua y alimentos y efectuaban extrañas experiencias con sus cuerpos. De habérselo permitido nuestros antepasados, ahora, posiblemente, seríamos todos como esos esclavos deformes que habéis visto.

»Pero mi abuelo y un grupo de amigos se sublevaron contra los sirios, recuperando sus espadas y utilizándolas en su contra.

»Dios estuvo con nuestros antepasados, porque, sorprendidos los sirios, no pudieron utilizar las máquinas que producían el sueño. Fue invadida su nave y todos ellos dominados, muchos muertos y otros prisioneros.

Al llegar a este punto del relato, Markowitch preguntó:

— ¿Dónde ocurrió eso, Excelencia? ¿Aquí, en La Luna?

— Vos llamáis a esto La Luna. Manteneos, pues, en esa creencia. Nosotros lo llamamos Sirio, y no sé exactamente la causa. Ocurrió aquí, desde luego. Pero han transcurrido muchos años, desde entonces.

»La nave voladora fue recubierta de cemento, para que no pudiera ser utilizada. No sé dónde se encuentra, exactamente. Pero está en alguna parte del exterior de este mundo.

Al traducir Markowitch aquel relato, Albert Boone pensó inmediatamente en el bloque de piedra del cráter Green.

El Virrey continuó diciendo:

— Los sirios, como habrán podido observar, no hablan. La boca sólo la utilizan para comer esa pasta de tierra que ellos mismos sacan de las minas. Creemos que se comunican entre sí por medio de pensamientos, como si sus mentes hablasen en silencio. Pero nos temen y nos obedecen en todo.

»Como los necesitamos, los hemos dejado reproducirse entre sí, pero nosotros somos más que ellos siempre. Nos han ayudado a construir nuestras casas, nos han avisado cuando iba faltando el aire en las galerías altas. Ahora sabemos que Burgos vivirá sólo ciento doce años más. Luego, nuestros descendientes habrán de abandonar estos palacios e irse a galerías más hondas, donde aún existe gran cantidad de aire... ¿Cómo es que vuestras mercedes podían respirar en el exterior?

— Llevamos el aire dentro de botellas colgadas a la espalda — replicó Markowitch, pero hubo de emplear extrañas metáforas para hacerse entender del Virrey y su familia—. Ya no tendrán ustedes que preocuparse de la falta de aire, porque nuestros gobiernos, seguramente, les permitirán regresar a La Tierra.

— ¿Podremos volver a Castilla? —preguntó el Virrey, excitado.

— Tal vez sí. Habrá de estudiarse todo esto. Vendrán delegados y científicos que...

— ¿Qué le ocurre a la señorita? — preguntó Albert, al ver a doña Isabel volverse, tosiendo sobre un pañuelo de encaje.

— Está enferma de dolencia desconocida — replicó don Baltasar de Arguelles—. Mi pobre hija sufre mucho.

— Dígale que me deje ver su pañuelo — dijo Albert a Markowitch, señalando a doña Isabel.

Al traducir el capitán ruso la petición de Albert, la familia del Virrey pareció enojarse. Albert hubo de añadir:

— Si la enfermedad que padece es lo que supongo, nosotros tenemos medicamentos que pueden curarla... ¡Y su modo de toser me recuerda a una enfermedad que nosotros ya hemos logrado dominar con antibióticos! Sería interesante comunicar esto al doctor Sorevo.

CAPÍTULO VI

En un palacio de sillería, rodeado de estatuas y extraños árboles sublunares, de especies no conocidas en La Tierra, se hallaba reunido un grupo de seis hombres importantes de la ciudad. Tenían puertas y ventanas cerradas y se alumbraban con candelabros provistos de aquella especie de zafiros luminosos.

Uno de los reunidos era don Juan Ojilva de Sotogrande; otro, don Hernando Yáñez. El que parecía presidir la reunión, hombre sereno y de cierta edad, de recortada barba, atendía por el nombre de don Pablo de Cano, y era pariente de la Virreina. Los tres restantes, todos ellos caballeros de la Orden de Castilla, eran, respectivamente, don Gracián Mendoza, don Fernando de Rueda y don Francisco Montejo, marqués de Burgos, porque su abuelo fue Virrey.

Más que una reunión, los caballeros parecían miembros de una conjura. Y, en verdad, allí se discutían altos y relevantes designios.

Eran don Juan Ojilva quien, con gestos imperiosos, estaba diciendo:

— ¡Se les cercena el cuello y muertos son! ¡No podemos esperar nada bueno de ellos! ¿Qué nos importa a nosotros la sensiblería del Virrey?

— Más despacio, don Juan. Sois en exceso impetuoso — replicó el Maestre Mayor de la Orden de Caballeros de Castilla, don Pablo de Cano—. No olvidéis que debemos acatimiento a don Baltasar.

— ¿Porque su esposa es pariente vuestro, Excelencia? — preguntó don Gracián Mendoza.

— Aquí todos somos parientes. Y no se trata de eso, a fe mía. El suceso es importante y no debemos actuar a la ligera. Esos individuos no deben de estar solos. Hablan con otros que parecen encontrarse en el exterior de Sirio y que, aunque no podamos entenderlo, ellos pueden oírlo. ¿No es así, don Hernando?

— Así me lo parece, Excelencia — replicó Yáñez, secamente, atusándose la barba.

— Sus compañeros— continuó diciendo don Pablo de Cano —, intentarán llegar hasta nosotros, cosa harto difícil, por no decir imposible, si no conocen las galerías. Recordad los seis sirios que intentaron huir, hace años, y cuyos cadáveres encontramos en el laberinto volcánico.

— ¡Murieron faltos de aire!

— ¿Qué tontería decís, don Fernando? Los sirios no necesitan aire como nosotros para vivir.

— ¡Eso no lo sabemos! Don Juan de Grijalva, físico y antepasado nuestro, demostró claramente que los sirios no necesitan aire para vivir. Pero dejemos eso que no hace al caso y volvamos a lo que interesa. Esos cuatro paganos dicen venir de La Tierra. Aunque torpemente, dicen palabras que entendemos. Esos hombres han llegado hasta Sirio de algún modo.

Pueden ir y venir, según parece. Y en eso estaba pensando.

»Nuestros abuelos fueron capturados por los sirios y traídos aquí, para servir de esclavos a sus captores. Ocurrió que nuestros abuelos se rebelaron y dominaron a los sirios. Desde entonces, los sirios han sido esclavos nuestros.

»Ellos han trabajado en las galerías agrícolas. Ellos han construido para nosotros estos edificios, de acuerdo con los planos y dibujos de nuestros arquitectos. Ellos han manejado las fraguas y los telares y ellos nos han servido fielmente y con temor, porque no olvidan el miedo que nos tienen.

»Y yo creo que el miedo es un arma tan eficaz como la espada, caballeros. Por eso se me ocurre que esos nuevos individuos nos obedecerán en todo. Mi idea es que alguno de nosotros vaya con ellos al exterior, utilizando los mismos yelmos de aire que ellos utilizan. ¿Qué os parece, caballeros?

»Al adversario hay que conocerle para poder vencerle. Estoy seguro de que si hablamos con don Baltasar, ordenará que dos de ellos y dos de nosotros salgamos al exterior a ver sus naves y sus armas.

— ¡Uno de ellos sacó un arma extraña contra mí! — exclamó don Hernando Yáñez.

— Bien, no os preocupéis. Todo se solucionará. A don Baltasar se le puede deponer llegado el momento. Ahora, asaltar el palacio del Virrey y matar a los extranjeros no nos reportará ningún beneficio. Hemos de esperar y estar avizores. Propondré a don Baltasar que don Juan Ojilva y vos, marqués de Burgos, acompañéis a esos individuos al exterior. Se trata, no de mostrarles el camino, que debéis ocultar secretamente, haciéndoles dar vueltas innecesarias, sino de conocer cuántos de ellos hay en el exterior, cómo han llegado y qué es lo que saben.

— ¿Y la dificultad de entendernos con ellos? —preguntó don Juan Ojilva.

— Somos personas inteligentes. Nuestros antepasados se entendieron con los indios. ¿Por qué no vamos a entendernos

nosotros con ellos? Hay que ser precavidos. Tiempo habrá de atacarlos y aniquilarlos, si son peligrosos, o dejarlos estar si son inofensivos. Esto cae dentro de nuestra religión y ni el arzobispo Cantero puede condenarnos.

»En cuanto a mi ilustre pariente, el Virrey, es dócil y obediente a nuestros deseos. No será obstáculo atraerle de buen o mal grado. Él sabe que la Orden de Caballeros de Castilla, de la que soy Maestre Mayor, cuenta con dos mil espadas y somos una fuerza que nadie ignora.

— Sea como vuesa merced afirma — dijo don Juan Ojilva de Sotogrande, tomando la jarra de vino y alzándola.

Los otros le imitaron y todos bebieron largamente, aquel vino áspero y amargo, que parecía haber sido destilado del azufre.

* * *

Albert vio a Sonia desde la ventana de su habitación. La teniente rusa estaba en el jardín, contemplando una de las primorosas fuentes rodeadas de frondosa y exótica vegetación.

Se volvió al paje y le preguntó:

— ¿Cómo ir jardín?

Pedro Jiménez sonrió, comprendiendo.

— Flores bonitas y aromáticas... Seguidme, señor. Albert siguió al paje fuera de la habitación. Se deslizaron por un amplio pasillo y penetraron por una puerta gótica, tras la que había una escalera de piedra, en espiral.

— Por aquí, señor.

Albert descendió solo, seguido del paje a prudente distancia, como si el joven Pedro hubiese adivinado que el motivo del deseo de Albert era encontrarse con una mujer.

Ahora, el astronauta americano vestía las singulares ropas con las que había asistido a la comida del Virrey, pero no llevaba daga ni espada. El brocado de su jubón, bordado en oro, era valioso, y su cinto era una soberbia cadena de oro.

Sonia vestía un atuendo llamativo, largo hasta los pies, de cuello alto, recamado de pedrerías. Su gargantilla era de hilo almidonado y los encajes de sus mangas y puños parecían haber salido de un cuadro de Durero.

— Hola, Sonia.

Ella se volvió, sobresaltada. Al ver a Albert, frunció el ceño.

— Te he visto desde la ventana y... ¿Ha hablado Markowitch con el doctor Sorevo?

— Sí. Dice que necesita ver a la enferma.

— ¿Vendrá él aquí?

— No. El coronel se lo impide. Dice que debemos salir nosotros y llevar a doña Isabel.

Albert frunció el ceño.

— Eso no va a ser posible. Estamos en una gran caverna, cuyo techo parece estar compuesto de bloques de cristal de roca, por el que pasa la luz del sol. Pero fuera de aquí no hay atmósfera.

—Dice el coronel Zyranousk que Gregor Kodorak deje su traje de vacío a doña Isabel, para llegar hasta dónde está el doctor Sorevo. Pero… el Virrey no permite que su hija salga de aquí. Tiene dudas respecto a nosotros. Tal vez tema que utilicemos a su hija de rehén para obligarle a entregar la ciudad.

— Comprendo el recelo de estas gentes. ¿Qué solución tomamos? En primer lugar, no sabemos cómo salir o entrar de esta población sublunar. El laberinto por el que nos trajeron es infernal.

— Se trata de esperar. Llegarán refuerzos de nuestras bases dentro de pocos días y entonces podrán venir a rescatarnos.

— Esta gente se defenderá y nosotros somos sus rehenes.

— Tú y Markowitch estáis armados.

— Ellos también lo están. No es conveniente entablar lucha. Hemos de solucionar esto por medios pacíficos. Después de todo, son coterráneos nuestros, aunque pertenezcan a otra época. Además, el gobierno de España tendrá algo que decir.

— ¿Crees que Madrid puede exigir que se respete el derecho de conquista?

— Sería un anacronismo. España no posee aquí ninguna colonia. La Luna la hemos conquistado nosotros, y no para nuestro uso particular. De todas formas, esa situación se habrá de aclarar en las Naciones Unidas. Estos hombres no son súbditos españoles.

— No, claro. Pero, si se les permite volver a La Tierra, ¿a dónde irán? ¡Y son una respetable población de cincuenta mil habitantes, con costumbres arrancadas del siglo XVI! Adaptar a esta gente a nuestro siglo no será nada fácil. En cuanto vean las autopistas surcadas de automóviles, los aviones, los edificios, la industria y todo cuanto se ha creado, preferirán volver aquí y encerrarse en su pequeño mundo, si es que no se vuelven locos.

— Aunque parezcan seres del siglo XVI, pertenecen a nuestra época. La civilización también les pertenece a ellos. Sería injusto dejarles aquí, en esta caverna.

— Sin embargo, mira a tu alrededor y piensa. ¿De dónde han sacado esta vegetación? Nada de cuanto se ve aquí se cultiva en La

Tierra. Tienen galerías que cosechan extraños cereales. Poseen rebaños de curiosos animales domésticos, fábricas, talleres...

— ¡Pero no conocen la electricidad!

— Tampoco la necesitan. Esas piedras rojas irradian luz suficiente para verse en la oscuridad.

— ¡Y su medicina es muy primitiva! Dijo doña María de las Nieves que tienen, fuera de la población, una leprosería...

Albert estaba mirando fijamente a los ojos de Sonia, como distraído y ajeno a su conversación.

— ¿Por qué me miras así?

— Sólo hablamos de ellos. Y nosotros tenemos muchas cosas que decimos.

Sonia bajó la cabeza y musitó:

— No tenemos nada que decir.

— Sí. Debo decirte que anoche no pude dormir, pensando en ti. — Al decir esto, Albert sujetó a Sonia de los brazos. — No sé cómo se corteja en ruso.

— Me ofrecí a ti y me despreciaste — declaró ella.

— Cualquier hombre medianamente decente habría hecho lo mismo. Me gustas, Sonia. Todo el día, y pese a las emociones, no hago más que mirarte. Eres maravillosamente hermosa... ¡Pero a mi corazón no se le pueden dar órdenes!

— ¿Qué es lo que quieres, pues?

— Amor sin reglamento, puro, desinteresado. Zyranousk te ofreció como si fueses una mercancía... ¡Y yo no podía aceptarte de ese modo!

Sonia trató de sonreír, pero estaba temblando.

— Quieres decir que, en otras circunstancias tu y yo...

— ¡Quiero decir que me gustas, Sonia!

Al terminar de decir esto, Albert atrajo a la mujer hacia sí y la besó profunda e intensamente.

* * *

Don Baltasar se encontraba en su despacho de trabajo. Los ujieres y secretarios, nueve en total, rodeaban a los cuatro astronautas que comparecían en audiencia especial ante él.

— Caballeros y señorita, mi hija ha sufrido una recaída. Dos físicos están con ella, pero nada pueden hacer. Se ha avisado al arzobispo. Sólo Dios puede ayudar a doña Isabel.

— Excelencia — habló Markowitch—, si nos autoriza a llevar a su hija al exterior, la salvaremos. Nosotros poseemos medicinas

mejores contra esa enfermedad.

Sólo tuvieron que hacer despojar de sus ropas a los dos hombres y vestirlos con las escafandras, que parecían reacios a ponerse. Pero eran hombres valientes y vencieron sus temores. Lo más difícil fue colocar a la enferma la escafandra y el casco de Albert. Sonia, que aún no se había vestido, ayudó a la Virreina y a sus doncellas, las cuales parecían tocar el equipo como si se tratase de algo pagano y maldito.

La enferma, que respiraba dificultosamente y de su pecho se escapaba un ronco estertor, abrió los ojos cuando en sus enfermos pulmones entró el oxígeno de la campana.

— ¡Se ahoga! — exclamó su madre.

Markowitch trató de tranquilizar a la dama, diciéndole:

— Es el cambio de aire.

— ¡No se la lleven! ¡No la volveré a ver!

En aquel momento, entraron en la estancia varios monjes, rodeando a un hombre cubierto con ropas sacerdotales y una mitra. También llegó el Virrey y todos hablaron en voz baja, pero con gestos expresivos.

Al final, prevaleció la opinión primera, y se autorizó a don Juan Ojilva y a don Francisco Montejo para transportar a la enferma en parihuelas. Sonia, ya equipada con su traje de vacío, les siguió:

A la entrada del palacio, a la comitiva se unieron numerosas personas que miraban el extraño cuerpo yacente sobre las parihuelas. También estaban allí Albert, Kodorak y Markowitch; éste último, tratando de hacerse entender.

Llegaron ocho pequeños sirios y, a una orden de don Juan Ojilva, cargaron con la parihuela. Así se puso en marcha el extraño cortejo, seguido de la curia. Monjes, frailes y el obispo iban rezando y haciendo rogativas para que Dios ayudara a doña Isabel a recobrar la salud.

Mucha gente, a lo largo de la amplia avenida, contemplaba el cortejo.

Markowitch se expresaba con dificultad, repitiendo palabras en ruso y español. Uno de los secretarios del Virrey se inclinó al oído de su señor y dijo algo que los astronautas no pudieron oír.

Luego, don Baltasar de Arguelles, mirando a Markowitch, dijo:

— Ustedes no pueden, por ahora, salir de Burgos. Con sinceridad, los Caballeros de la Orden de Castilla temen males mayores. Aquí disfrutamos de seguridad, porque los caminos que conducen al exterior son complicados.

»Sin embargo, hay una solución. Uno de ustedes puede salir,

acompañado de dos caballeros de esta corte. Ellos llevarán a mi hija para que la vea el médico de ustedes. Si algo le ocurre a Doña Isabel, ustedes pagarán por ella.

»Así, decidan ustedes mismos quién debe acompañarles.

Markowitch frunció los labios y luego tradujo lo que había creído entender.

Fue Albert quien primero comprendió, diciendo:

— Pase lo que pase, me gustaría que Sonia estuviese fuera de aquí.

Kodorak se encogió de hombros, aunque Sonia replicó:

— ¡Yo no soy menos que vosotros!

— Irás tú, camarada Karazoff — ordenó Markowitch—. Es una orden.

El Virrey les despidió y cuando salían, el secretario primero dijo:

— El exterior es irrespirable. Tendrán que dejarnos sus yelmos de aire.

— Sí — replicó Markowitch—. Que vengan esos caballeros a nuestras habitaciones.

Al poco, don Juan Ojilva y don Francisco Montejo llegaron a las habitaciones de los astronautas, los cuales habían comunicado ya por radio con el coronel Zyranousk, quien consintió en que dos «españoles» salieran al exterior, llevando a Doña Isabel en parihuelas y acompañados de Sonia.

—¿A dónde la llevan?

El cortejo terminó al otro lado de la ciudad, ante el gran número de cavernas que allí había en el muro rocoso. Antes de emprender el viaje, Sonia estrechó fuertemente la mano de Albert y le sonrió a través del cristal irrompible de su casco.

Mientras, el enorme cortejo se arrodillaba y el arzobispo impartía su bendición a todos.

Terminado el responso, cuatro sirios levantaron la parihuela. Otros cuatro se proveyeron de antorchas de piedra. Don Juan de Ojilva se situó en cabeza y don Francisco Montejo cerró la marcha. Sonia se situó inmediatamente detrás de la enferma.

Luego, penetraron en una de las numerosas cavernas, la cual fue observada detenidamente por Albert, Kodorak y Markowitch.

Una vez dentro de las galerías, Sonia empezó a darse cuenta de lo difícil que era caminar por aquel dédalo de pasadizos ascendentes y descendentes.

También tuvo la impresión de que sus guías trataban de desorientarla intencionadamente, porque constató, en varias ocasiones, haber pasado por un mismo lugar más de una vez.

Nadie hablaba. La luz rosada de las antorchas de piedra apenas si rasgaban la oscuridad. Pero los ojos de la astronauta soviética, habituados a las sombras, captaban todos los recodos y galerías.

El ascenso duró más de dos horas. Al fin, la claridad del exterior, se ofreció a sus ojos. Fue entonces cuando don Juan Ojilva ordenó a los sirios que dejasen las parihuelas y que se quedasen allí, a esperarlos.

No habló con ellos a viva voz, porque esto no era posible, debido al casco que cubría su cabeza. Pero sus pensamientos fueron captados por aquellos extraños y asustados hombrecillos, cuya fuerza mental debía de ser muy superior a la fuerza física de sus pequeños cuerpos.

Todos se sentaron en el suelo, como obedientes perritos, mientras los dos caballeros asían la parihuela y reanudaban el viaje hacia el exterior saliendo por primera vez en sus vidas bajo el firmamento estrellado y radiante de luz solar.

Sonia se dio cuenta de la maravilla que todo aquello significaba para los dos hombres que nacieron y vivieron en el mundo subterráneo que dejaban atrás.

También captó su estupor y oyó sus palabras a través de la radio, cuando vieron las dos naves auxiliares, «Z-5», posadas en el interior del cráter de Kepler. Tanto don Juan como don Francisco vacilaron. Pero el doctor Sorevo y el mecánico Sergei, que aguardaban a la entrada de la nave más próxima, se acercaron rápidamente.

— No nos hagáis ningún daño, o vuestros compañeros que aguardan en nuestra ciudad serán castigados a horribles tormentos — habló don Francisco Montejo.

Sonia ni los entendió ni les hizo caso, acercándose al doctor Sorevo que se había inclinado sobre doña Isabel.

— ¿Cómo la veis, doctor?

— He de examinarla sin el equipo. Hay que llevarla rápidamente a la base americana, que está más cerca... ¡Ayúdenme a subirla a bordo!

— Sí, doctor.

Como los dos «españoles» no parecían comprenderles, Sonia y Sergei ayudaron al doctor a levantar el cuerpo de la enferma. Entre todos la llevaron hasta la primera nave. El piloto de la otra «Z-5» se acercó también. Sorevo le dijo:

— Lleve a esos dos hombres a nuestra base. El coronel Zyranousk desea verlos. Yo me ocuparé de la mujer.

Don Francisco y don Juan no querían separarse de doña Isabel, y

protestaron. Sonia, con gestos y palabras, logró convencerlos de que todos no cabían en la misma nave. Al fin, venciendo su temor, aceptaron viajar en naves separadas.

Sonia fue con doña Isabel y el doctor Sorevo, mientras que los dos caballeros, en la otra nave, mirándolo todo con curiosidad y superstición, embarcaron en la nave auxiliar que les llevaría a la base soviética.

Sorevo había recibido instrucciones por radio. Durante el breve vuelo, avisó al mayor Ogalla, rogándole tuviese preparada la cabina atmosférica para atender a una enferma.

Y, en efecto, poco después, Mike Kane y Lew Ogalla recibían a sus visitantes y ayudaban a despojar del equipo de vacío a doña Isabel, cuyo estado era crítico.

— No sé si la isioniazida podrá vencer la tremenda infección pulmonar de esta muchacha — dijo Sorevo a Sonia—. Pero lo intentaremos. Y es preciso pedir más antibióticos a Berezovo.

— Si no cura usted a esta mujer, nuestros compañeros se verán en un apuro.

— ¿Qué es lo que han visto, teniente Karazoff? — preguntó Lew Ogalla.

CAPÍTULO VII

Sobrecogidos, a través de la cámara de vacío que les servía de ventana, para protegerles de las radiaciones solares, don Francisco Montejo, Marqués de Burgos, y don Juan Ojilva de Sotogrande, vieron la enorme nave «Soyuz» descender del cielo, despidiendo un fragoroso e inaudible chorro de fuego y nubes.

Ambos estaban ahora desprovistos de sus cascos de vacío, pero continuaban llevando los trajes de Markowitch y Kodorak.

Vieron también cómo la nave se detenía, oscilando ligeramente sobre sus tres grandes patas telescópicas, y luego, se apagaba el fuego. De la estación soviética salieron algunos hombres que se dirigieron rápidamente al pie de la nave. Y una compuerta se abrió, asomando un individuo en traje espacial. Una escalera metálica descendió hasta el suelo, y por ella bajaron primero cuatro hombres, que saludaron con abrazos a los que habían abajo, esperándoles.

Luego, los cuatro recién llegados se dirigieron a la estación, mientras los mecánicos subían por la escalera y penetraban dentro de la nave, donde habían más tripulantes.

En aquel preciso instante, la compuerta de la cabina en donde estaban encerrados los dos descendientes de conquistadores españoles, se abrió, apareciendo el semblante barbudo de Wasili Leontevo, quien les hizo una seña para que salieran.

— ¿Con qué derecho nos han encerrado? — pregunto don Ojilva, arrogante—. ¿Dónde está doña Isabel de Arguelles? ¿Ignoráis que vuestros compañeros van a ser torturados por este engaño?

Leontevo se encogió de hombros. No entendía nada de cuanto decía el selenita.

— Síganme.

Montejo y Ojilva obedecieron la indicación, yendo por el pasillo hasta la compuerta de la cabina que comunicaba con la sala de reunión de la base soviética, en donde, en aquel instante, entraban, también, procedentes de la cámara de descomprensión, el coronel Zyranousk y los cuatro astronautas recién llegados.

Una vez dentro, se ayudaron unos a otros a despojarse de los cascos. Un hombre joven, de unos veintisiete años, se encaró inmediatamente con los dos descendientes de españoles, hablándoles su propia lengua.

— Me llamo Anselmo García y nací en España.

Era la primera vez que Ojilva y Montejo escuchaban su propia lengua con estilo moderno, quedando maravillados.

— ¿Cómo se llaman ustedes?

— Él es don Juan Ojilva de Sotogrande... Y yo soy don Francisco Montejo, marqués de Burgos.

— Tengan la bondad de sentarse. En primer lugar, habrán de explicarnos cómo llegaron a la Luna, cómo han vivido en esta ausencia de aire.

— ¡No, caballero! — replicó don Juan Ojilva—. Nosotros hemos salido de nuestra ciudad acompañando a la hija de Su Excelencia, el Virrey. Nos han traído aquí con engaños y exigimos una reparación inmediata.

El capitán de las fuerzas aéreas soviéticas, Anselmo García, se volvió al coronel Zyranousk, con quien habló rápidamente en ruso. Luego, asintiendo varias veces, se volvió a los dos hombres.

—Tranquilícense. Nos acaban de comunicar por radio que la mujer a la que acompañaban está durmiendo. Nuestro médico le ha inyectado antibióticos y esperamos que pronto se recupere. Habrán de transcurrir varios días, sin embargo. Mientras, podemos comunicar con el capitán Markowitch y transmitirle lo que ocurre. No deben temer nada de nosotros.

— ¡No les tememos! — replicó don Juan, altivamente.

Anselmo García sonrió, tomando asiento frente a los dos descendientes españoles.

— Por favor, coronel Zyranousk — dijo en ruso—. Conecte la grabadora. Al terminar les haré una traducción exacta.

— Sí, camarada García — replicó Zyranousk, colocando sobre la mesa el magnetofón, cuyo aspecto hizo retroceder a don Juan y don Francisco.

— No teman — habló el capitán García, sonriendo—. Esto es para guardar la palabra de ustedes. Vean —Presionó los pulsadores, poniendo en marcha las bobinas, y añadió —: El mundo entero está asombrado al saber que hombres de nuestro planeta han sido hallados en el subsuelo lunar.

Dicho esto, García presionó el pulsador de paro y luego de rebobinado, para reproducir lo que había grabado: «...bres de nuestro planeta han sido hallados en el subsuelo lunar».

Don Francisco Montejo y don Juan Ojilva se miraron maravillados.

— ¿Y lo que digamos quedará impreso ahí?

— Exactamente, don Francisco. Ya está grabando de nuevo. Por

favor, nada teman. Formamos parte de una expedición soviética que estamos investigando la Luna con fines pacíficos. No les haremos ningún daño. Todo lo contrario. Si lo desean, podrán ir a La Tierra en breve.

— ¿Volver a España?

— Sí, naturalmente. Serán bien acogidos allí. ¿Cuánto tiempo hace que llegaron ustedes aquí?

Más confiados ya, los dos hombres empezaron a relatar la historia de su captura en aguas del océano, cuatrocientos cincuenta años atrás. Era lo que habían aprendido de sus códices de historia. Hablaron de los silenciosos sirios, a los que vencieron y despojaron de su nave. Hablaron de las leyes, típicamente españolas del siglo XVI, y del modo cómo se nombraba el Virrey entre los hombres más destacados de su numerosa ciudad.

La historia de Burgos-Luna había tomado derroteros extraños y distintos, pero semejaba, en mucho, la historia moderna de España, aunque trasplantada a Otro lugar completamente distinto.

Don Francisco Montejo conocía muy bien a todos sus conciudadanos y habló de cuanto habían hecho en beneficio de la comunidad.

— Según cuentan, muchos de nuestros antepasados murieron cuando llegamos, al escapar de la nave siria que los transportó. Este planeta carece de aire. Por ello, los sirios buscaron lugares hondos y protegidos, donde no carecíamos de aire, ni agua. Habían traído ganado y semillas, pero todo lo que sembraron al principio adquirió formas nuevas en este ambiente. Incluso los corderos y vacas se fueron transformando y hoy día son completamente distintos a los animales domésticos que hemos visto en los dibujos y cuadros de nuestros pintores.

»Después se sublevaron contra los sirios, sorprendiéndoles. Esos seres no son luchadores. Poseían una gran nave en forma de lenteja enorme, con una boca inferior que nos podía tragar a todos.

»Al ser vencidos y medio exterminados, los sirios se sometieron y nos han obedecido siempre. Tanto ellos como nuestros antepasados tuvieron que reproducirse, pero mientras nosotros, siguiendo la ley divina, nos hemos reproducido en cantidad, ellos han estado limitados siempre a la mitad que nosotros.

»Se reproducen por contacto entre varón y hembra, como nosotros, pero sus hijos aprenden a caminar a los pocos días de nacer, como las terneras. Son una raza extraña que no habla, aunque se comunican entre sí por medio del pensamiento.

— ¿Por qué les llaman sirios?

— No lo sé. Alguien debió de ponerles ese nombre.

— ¿Y la nave que les trajo aquí?

— Nuestros antepasados obligaron a los sirios a inmovilizarla dentro de un cráter, para lo que la convirtieron en bloque cuadrado de cemento. Un polvo hallado cerca del cráter, mezclado con agua, formaba una masa que se endurecía rápidamente.

»Nuestros antepasados tenían a la mayoría de los sirios de rehenes y amenazaban con exterminarlos si no les obedecían. Ellos estaban asustados y obedecieron, trabajando incansablemente durante meses, hasta que la nave quedó completamente inmovilizada.

Ya no podían irse. Por lo tanto, se prestaron a servir a sus conquistadores.

»Se alimentan con unas tierras extrañas, con las que nuestros físicos hacen pruebas de alquimia. Echan agua en unos cuencos de barro y mezclan esas tierras. Así están ellos de decrépitos.

El Marqués de Burgos continuó hablando de su ciudad sublunar durante más de una hora. Luego, llegó la hora de comer y Zyranousk rogó a Anselmo García que terminase el interrogatorio.

La comida fue lo más espectacular e increíble que habían visto don Juan y don Francisco. Por primera vez en su vida vieron el pan de que tanto habían oído hablar en sus códices. Probaron el vino embotellado, de Kazkan. La carne en conserva les pareció milagrosa y la encontraron exquisita.

Mientras comían, Zyranousk habló con Anselmo García y éste hizo una pregunta a sus invitados:

— ¿Por qué mataron ustedes a uno de nuestros expedicionarios?

Sorprendidos por la pregunta, ambos hombres se miraron.

— Nosotros no hemos matado a nadie.

Anselmo García tenía más datos al respecto y los expuso:

— Nuestros expedicionarios encontraron un reciente escrito, sobre una roca, donde decía qué un tal don Pablo de Cano, Maestre Mayor de la Orden de caballeros de Castilla, disparó su ballesta contra el capitán Boris Gydansky, miembro de nuestra expedición.

— ¡Don Pablo no nos ha dicho nada de eso! — afirmó don Francisco Montejo, rotundamente—. Pero debo advertiros que yo, en su caso, habría hecho lo mismo. Y, si no matamos a la otra expedición de cuatro exploradores, fue porque fray Lope de Toledo intercedió por ellos.

* * *

En la base norteamericana tenía lugar otra escena completamente distinta. Sonia, despojada de su equipo de vacío, con pantalones y camisa, estaba sentada junto a la litera en donde yacía doña Isabel de Arguelles.

El doctor Sorevo trataba de adivinar lo que Mike Kane quería decirle. Pero como nadie ponía mucho interés en la charla, el silencio era casi absoluto, excepto cuando hablaban Mike y Lew entre sí o bien hablaban Sonia y el doctor Sorevo.

También, con frecuencia, Lew Ogalla llamaba por radio a la base de Houston o bien a la estación soviética, preguntando por las declaraciones de los dos «selenitas». A este respecto, el coronel Zyranousk era siempre conciso.

Lew Ogalla supo que una nave «Saturno» había sido lanzada desde Cabo Kennedy, con tres astronautas a bordo y que, inmediatamente, se lanzaría una segunda, con otros tres hombres. Se le comunicó, a su vez, que para un plazo inmediato, quizás una semana, se enviaría la «Supersaturno», con veinte hombres y equipo para ampliar la cabina atmosférica.

— El Gobierno, al tener noticias de los importantes descubrimientos realizados en La Luna, ha ordenado que se nos de todo cuanto pidamos, para acelerar la puesta a punto de las supernaves. El Congreso ha votado un presupuesto extraordinario de cien mil millones de dólares, con lo que esperamos, antes de tres meses, superar en todo a los rusos.

Eran noticias alentadoras. Y, cosa curiosa, ahora, ni Lew Ogalla ni su compañero Kane querían regresar a La Tierra. La Luna se había convertido, de pronto, en un planeta interesante. Lo que empezaban a saber acerca de la ciudad subterránea les fascinaba. Por esto deseaban recibir refuerzos inmediatos y armas, para organizar una expedición por su cuenta y no depender de los soviéticos, que parecían haber acaparado la exclusiva de la operación, aunque doña Isabel hubiese sido llevada a la base norteamericana y el teniente Albert Boone se encontrase en Burgos, como huésped del Virrey.

Las noticias que retransmitían los rusos, desde la nave auxiliar «Z-5», eran breves. Sólo permitieron que sus comunicadores fuesen utilizados por Albert durante quince minutos, en contacto directo con Lew Ogalla.

Albert les explicó con todo detalle las riquezas que había visto:

— Poseen telares metálicos, de diseño muy antiguo, donde fabrican sus tejidos. Hay muchos artesanos en esta población, aunque los trabajadores son estos extraños y sumisos seres a los que

llaman sirios, y que, indudablemente, pertenecen a una raza distinta a la nuestra y que yo supongo altamente desarrollada.

»He visto numerosas piedras preciosas, de todas formas y tamaños. Extraen oro, plata, cobre y hierro de las galerías... Todo esto parece un submundo de galerías. Hay convictos que trabajan forzados y atados con cadenas. Poseen pólvora, que fabrican con carbono, azufre y potasa, según las fórmulas más antiguas. Hay carpinteros, pero las maderas que trabajan son escasas, porque no desean derribar los árboles más raros que yo he visto en mi vida, y que crecen en este subsuelo. La piedra de granito la trabajan estos españoles con gran maestría, ayudados por los pequeños sirios.

Lew Ogalla tenía muchas preguntas que hacer a Boone, pero Sonia le acaparó algunos minutos de la transmisión, para informar a Albert sobre el estado de doña Isabel:

— Dile al Virrey que su hija acepta bien los antibióticos. El doctor Sorevo cree que se recuperará en pocos días, pero que no es conveniente enviarla otra vez a ese lugar. Cree que un clima sano, de montaña, en La Tierra, le sentará mucho mejor.

— ¡El Virrey ha dicho que debemos devolverle a su hija o todos nosotros seremos castigados!

— En cuanto esté en condiciones de hablar doña Isabel, hemos de establecer una comunicación especial por radio con su padre. Ella le dirá que la tratamos bien y todo marchará magníficamente.

Una hora después, una nave auxiliar soviética llegaba a la base norteamericana, a fin de trasladar a Sonia, al doctor Sorevo y a doña Isabel a la base soviética. Y Lew Ogalla tenía órdenes de Houston de que doña Isabel no fuese movida de allí, porque en la primera nave americana que llegase, iba un doctor.

El capitán Leontevo quería cumplir las órdenes recibidas y alegó:

— Acaba de llegar una nave «Soyuz», procedente de nuestra estación interplanetaria intermedia. Un oficial soviético, de origen español, está interrogando a estas personas...

— ¡Pues a doña Isabel la interrogaremos nosotros! — replicó Ogalla, secamente—. Que se vayan el doctor Sorevo y la teniente Karazoff, si lo desean. Aquí tenemos poco oxígeno y puede hacernos falta.

Resultaba difícil entenderse, y Ogalla llamó por radio a Zyranousk, que sabía inglés. El ruso supo ser condescendiente.

— Está bien, mayor. Conserve usted a la enferma y que se quede el doctor Sorevo para atenderla. La teniente Karazoff debe venir aquí.

— De acuerdo, Zyranousk. Y piense que dentro de pocos días

recibiremos la primera «Supersaturno».

— Le felicito por eso, mayor. El hallazgo que hemos realizado, en beneficio de la humanidad, ha espoleado a su gobierno para lanzarse con todo su esfuerzo a la conquista de ese, al parecer, rico pueblo subterráneo. Pero mucho me temo que van a llegar tarde. Mañana mismo vamos a enviar una expedición de quince hombres a Burgos, que serán guiados por la teniente Karazoff. Esperamos devolverle pronto al teniente Boone.

* * *

El coronel Wladimir Zyranousk no se jactaba. La última nave «Soyuz» había llegado con veinte hombres a bordo, junto con el capitán Anselmo García. Su propósito era que los dos descendientes de españoles regresaron con ellos a Burgos, y ambos caballeros aceptaron gustosamente.

Luego, llegó Leontevo, trayendo a Sonia, quien, por medio del capitán García les dijo que doña Isabel pronto se recuperaría.

Don Francisco y don Juan no hicieron comentario a esto. Parecían no tener interés por la enferma.

Su único deseo era volver pronto a la ciudad subterránea.

Así, se organizó la expedición, en la que iba a ir también el propio coronel Zyranousk.

— Iremos armados y llevaremos las granadas de gases lacrimógenos — explicó Zyranousk—. No se trata de causar daño a nadie, sino de impedir que ellos nos lo causen a nosotros. Si es necesario, les haremos una demostración con las ametralladoras. Estos individuos son bastante agresivos y hay que dominarlos como ellos dominaron a los sirios.

»Habremos de llevar algunos a la Unión Soviética, para que sean interrogados y estudiados por nuestros científicos. Luego, el Kremlin decidirá lo que se hace con ellos.

El capitán Anselmo García no pareció muy satisfecho con los proyectos de Zyranousk, y lo expuso sin vacilar:

— No creo que sea éste el mejor comportamiento, coronel. Esos hombres no pertenecen a una raza ajena a la nuestra. Ni siquiera creo que los sirios sean peor que nosotros, pese a su sumisión. Si encontramos el modo de entablar contacto con ellos, puede que nos revelen muchos de sus conocimientos sobre astronáutica.

Don Juan Ojilva había dicho durante el interrogatorio, acerca de los sirios:

«— Viven unos ciento veinte años y no construyen

absolutamente nada para sí mismos. Yo creo que son una raza degenerada por la esclavitud. Si poseían conocimientos de náutica, los han olvidado. Viven de un modo amorfo, sin aspiraciones.

Y esto era extrañó a Anselmo García, hombre versado en aviación y astronáutica, porque pensaba como Albert Boone que aquellos hombres no habían olvidado nada de cuanto aprendieran de sus padres.

Había muchos enigmas que resolver y desentrañar. Anselmo García anhelaba ir a Burgos y ver sus palacios y su flora exótica, pero anhelaba más que otra cosa contemplar a los ejemplares de aquella raza sumisa y dócil, cuyo secreto, posiblemente, no descubriría nadie jamás.

Los hombres destinados a formar parte de la segunda expedición sublunar prepararon sus equipos y armas. Debían llevar consigo mochilas con alimentos, por si les ocurría algo durante el camino. Sonia explicó con todo detalle cómo eran las galerías que daban acceso a Burgos.

— Allí es fácil que se pierda todo un ejército y pasen años enteros sin encontrar el modo de llegar a ninguna parte. Esos hombres parecen conocer bien el camino, pero sé que nos hicieron dar vueltas para que nosotros no pudiéramos aprenderlo.

— Pero estos hombres nos acompañarán — replicó Zyranousk, seguro de sí mismo.

— ¿Y si nos dejan a medio camino y escapan, aprovechando la oscuridad? — preguntó Sonia.

— No harán tal cosa. El capitán García les ha advertido que una traición les puede costar la vida.

— ¡Hum! — replicó Sonia—. Hay que ver aquellas galerías para saber lo que son. ¡Y yo, ni siquiera con estos hombres, me atrevo a entrar allí! Debemos recordar que en el interior de las galerías no es posible comunicarse con el exterior por medio de las radios. Nadie nos puede orientar, si nos acercamos o nos separamos del objetivo.

— Si es preciso, los dos caballeros irán sujetos a nosotros, con cadenas — terminó Zyranousk—. Y no hablemos más. Yo no soy quien da las órdenes, sino la junta de generales de Berezovo, de quien dependemos.

»Además, hemos de damos prisa en actuar, porque los americanos pronto van a recibir ayuda. Si esos entrometidos intervienen a su modo, pueden estropear las cosas.

Sonia frunció el ceño al oír esto. Y se extrañó de que su caso particular hubiese quedado relegado al olvido. Temía que, entre los astronautas llegados en la nave «Soyuz», alguno le hubiese sido

asignado como esposo. Y ella no estaba ahora dispuesta a obedecer las órdenes de casarse con otro oficial como Gydansky. Su corazón latía secretamente enamorado de Albert Boone y se alegraba de poder volver a la ciudad sublunar, para encontrarse de nuevo con él.

* * *

— Son una terrible fuerza — dijo aquella noche don Francisco Montejo a su compañero —. ¿Has visto esas armas que disparan proyectiles tan rápidos?

— Sí, jamás lo hubiese creído.

— Si estos hombres penetran en Burgos pronto seremos sus esclavos. Por eso, hay que dejarles en las galerías y que se mueran allí dentro. En cuanto lleguemos a mitad del trayecto, hay que burlarlos, dejándonos caer por los agujeros inclinados que llevan al lago de los peces ciegos. No nos encontrarán jamás y podremos llegar en poco tiempo a la ciudad. Una vez allí, cerraremos las diez entradas. Don Baltasar de Arguelles habrá de aceptar la pérdida de su hija y ordenar que los extranjeros sean ahorcados...

— ¡Y si no lo hace, será depuesto de su cargo y don Pablo de Cano le sustituirá!

— Exactamente. Hay que impedir a toda costa que estos hombres lleguen a la ciudad y nos capturen. Pero, mientras estemos con ellos, hemos de fingir astutamente, ¿comprendéis, don Juan?

— Comprendo perfectamente. No podrán esclavizarnos.

CAPÍTULO VIII

Ivan Markowitch entró en la habitación de Albert Boone, llevando el aparato de radio individual que el americano desmontó de su equipo espacial.

— Tenga, teniente Boone. El mayor Ogalla quiere hablar con usted.

— Gracias, Markowitch — replicó Albert, poniéndose en pie y tomando el aparato y los auriculares—. ¿Qué dicen sus compatriotas?

— Ya están en camino de regreso, acompañados por don Francisco Montejo y don Juan Ojilva.

— ¿Viene también Sonia? — preguntó Albert, ávidamente.

Markowitch sonrió y repuso:

— Sí, también viene. Hemos recibido ayuda de la estación interplanetaria. El coronel Zyranousk dirige la expedición y traen a un intérprete español.

— ¡Ah, eso está bien! — dijo Albert, nevándose el auricular al oído y conectando el pulsador de «on» de la radio.

Markowitch se dirigió hacia la ventana, para admirar desde allí el jardín, mientras Albert escuchaba una voz en ruso que decía:

— Debemos llevarla a nuestra base. En una nave «Soyuz» puede ser conducida a La Tierra y atendida en un auténtico hospital.

— ¡Déjeme en paz, doctor! — replicó la voz de Lew Ogalla, furiosa—. ¿Dónde está ese condenado Al Boone?

— A la escucha, mayor — replicó Albert, sonriendo al darse cuenta del enojo que parecía dominar a su jefe.

— ¡Escucha, Albert! Los rusos van hacia allá, provistos de ametralladoras. Intentan dominar esa ciudad por la fuerza y ser ellos los primeros en realizar la conquista. ¡Hay que hacer algo para impedirlo!

— Le escucho, Lew — dijo Albert, seriamente.

— ¡Ya sé que me escuchas! Tienes que hablar con el gobernador y convencerles para que rechace a los rusos... ¿Qué diablos ocurre? — Un fuerte silbido interceptó la comunicación. La voz de Lew Ogalla llegó a intervalos irregulares—. ¡...pagarán caro estas interferencias! ¡Albert!

— Sí.

— ¡Debes hacer algo...! —Una nueva interferencia hertziana dejó a Albert sin poder oír—. ¡... impedirles que lleguen antes que

nos...!

Albert se detuvo en su paseo hacia el armario. Mientras escuchaba a su superior, había comprendido perfectamente lo que ocurría. Los rusos querían adelantarse a los americanos en su llegada a la ciudad sublunar.

Pero Ivan Markowitch también parecía haber comprendido o tener instrucciones, porque, antes de que Albert pudiera alcanzar el armario, del interior de su jubón extrajo la pistola «Naganka» y apuntó con ella a Boone.

— Será mejor que dejes él arma donde está, camarada Boone. No la vas a necesitar.

— ¿Qué significa esto, capitán Markowitch? — fingió extrañarse Albert.

— Lo siento. Cumplo órdenes. Retrocede. Yo tomaré tu arma... No deseo hacerte daño

— No puedo escuchar la voz del mayor Ogalla. Ahora, me encañonas, como si fuese un forajido. ¿Qué ocurre, Markowitch?

— Nada... ¡Atrás!

Albert obedeció. El ruso se acercó al armario y, sin dejar de mirar al americano, lo abrió, tomando de la repisa la funda y la pistola que el oficial yanqui había dejado allí.

Como los zumbidos en el auricular eran cada vez más fuertes, Albert terminó de escuchar, cerrando el aparato.

— Delimitación de campos, ¿eh? A cada cual lo suyo — dijo Albert—. Ya no somos amigos.

— Esta pistola es de Kodorak y se la voy a... Markowitch se detuvo al ver abrirse la puerta y aparecer al paje Pedro Jiménez, quien se quedó un tanto sorprendido al ver la actitud de Markowitch. Sabía lo que el ruso sostenía en la mano.

— Señor... Su Excelencia quiere verles en el salón. Albert, aunque no entendió las palabras, sí captó su significado. El ruso lo había entendido y replicó:

— Yo iré. Tú te quedarás aquí... Vigilado por Kodorak... Oye, muchacho. Ve a buscar al otro amigo mío

El paje pareció vacilar. Luego, asintió y salió, cerrando la puerta.

Albert se sentó filosóficamente en un sillón de cuero repujado y suspiró.

— Es una, lástima que no podamos entendemos.

— Cumplo órdenes — se disculpó Markowitch.

— Abusáis de vuestra fuerza, pero no será por mucho tiempo. Pronto llegarán más compatriotas míos y entonces veremos lo que ocurre.

— Si me ordenan no dejar que alunicéis, lo haré. A mí, vosotros no me dais nada.

—Pero me necesitabais, aun siendo más que nosotros. Siempre habéis actuado con engaños. Primero lo de la espada, hallada en el cráter de Aristarco. Necesitabais saber si era nuestra o no. Luego, por lo que pudiera ser, nos invitasteis a venir con vosotros y...

Markowitch estaba escuchando a Albert, pero, de pronto, se tambaleó, soltando el arma y llevándose la mano a la cabeza. La voz del paje Pedro llegó apremiante, desde la ventana ojival, en donde se encontraba, blandiendo una honda.

— ¡Señor!

Albert comprendió y se lanzó hacia Markowitch, apoderándose de la pistola, antes de que el ruso pudiera reaccionar, sangrante la cabeza a causa de la piedra que le arrojó el paje.

Ahora, con la automática en la mano, Albert dominó la situación.

— Gracias, Pedro — dijo, al paje, cuando éste saltó dentro de la habitación y se le acercó—. Has actuado oportunamente... Pónle un vendaje en la cabeza... Corta una tira de lienzo del armario.

Diez minutos después, Ivan Markowitch y Gregor Kodorak estaban encerrados en una reducida estancia del palacio del Virrey, en cuya puerta se sentaba el paje Pedro, satisfecho de haber ayudado a su amo.

* * *

La expedición avanzaba por el interior de la galería, que ahora alumbraban las antorchas eléctricas de los rusos. En cabeza de la columna iban don Francisco y don Juan, seguidos de Sonia, Wladimir Zyranousk y el capitán Anselmo García. Estos dos últimos empuñaban metralletas.

Sonia estaba diciendo a su jefe:

— Venían ocho sirios con nosotros. Ellos les dieron orden de permanecer esperando cerca de la entrada.

— ¿Y dónde están ahora? —preguntó Zyranosk.

— No lo sé, camarada coronel. Supuse que los encontraríamos donde se quedaron. Pregunte a los dos caballeros, capitán García.

Anselmo García preguntó a don Francisco, tocándole el brazo:

— ¿Y los sirios que vinieron llevando la parihuela?

— No lo sé, de verdad. Debían de estar esperándonos.

— Bien. No se les ocurra hacemos una mala pasada. Ya les demostramos lo que hacen estas armas.

Don Francisco no contestó y continuó adelante, hasta alcanzar el nivel en donde ya podían despojarse de los cascos de vacío. Descendían por una pendiente, al borde de un oscuro y siniestro talud, cuyo fondo, a la luz de las potentes antorchas se veía cubierto de niebla.

De repente, don Juan Ojilva se volvió y agarró violentamente a Sonia, escudándose en ella, a la vez que gritaba:

— ¡Saltad, don Francisco!

El marqués de Burgos dio un salto y se arrojó al talud, desapareciendo de la vista en una fracción de segundo.

Sonia gritó y Zyranousk estuvo a punto de disparar, pero el cuerpo de Sonia, interpuesto entre su arma y don Juan, le contuvo. El capitán Anselmo, por su parte pretendió agarrar a la mujer.

Pero también actuó demasiado tarde. Don Juan Ojilva tiró de ella y ambos desaparecieron en el fondo del talud, envueltos en la neblina.

La confusión reinó entonces entre los expedicionarios soviéticos. Los que venían detrás se acercaron rápidamente y alguno estuvo a punto de caer en la negra sima.

— ¡Hay que descender por ahí! ¡Pronto, las cuerdas! — aulló Zyranousk.

Iban equipados para todo. Se eligió un saliente de roca basáltica, se pasó una cuerda de nilón y un hombre descendió rápidamente, hasta desaparecer entre la neblina. Su antorcha pareció incendiar el atmosférico elemento y durante un rato, desde arriba, vieron la claridad moviéndose arriba y abajo, entre la bruma. Al cabo de unos minutos, el escalador volvió a subir, diciendo:

— Nada, coronel. Aquí abajo hay agua que entra y sale de numerosas galerías. No cubre más que las rodillas, pero esto es tan enredado como todo lo que hemos visto arriba.

Zyranousk tembló de pies a cabeza, recordando lo que le había dicho Sonia acerca de aquellas galerías de piedra.

— ¡El hilo-guía! — exclamó—. ¡Hay que retroceder cuanto antes!

Igual que la expedición primera, habían ido desenrollando un hilo que les sirviera de guía para regresar, en caso necesario. Un hombre, provisto de un carrete de hilo de nilón, lo había ido dejando ir a medida que penetraban en las entrañas de La Luna:

Pero la consternación de Zyranousk fue grande cuando, pocos minutos después, encontraron el nilón roto, ¡faltando la continuación que les unía al exterior!

Y tampoco podían comunicarse con las naves auxiliares que

aguardaban en el cráter.

— Lo supuse — masculló Zyranousk, con infinito desaliento—. Si no vienen en nuestra ayuda, jamás saldremos de aquí... ¡Que no se separe nadie del grupo! Buscaremos la salida todos unidos.

El desánimo se apoderó de todos. Aquellas galerías amenazaban con devorarles y pronto empezaron los comentarios de protesta, la duda sobre cual era el camino a seguir. Después vino la desorientación total.

Wladimir Zyranousk tuvo una idea:

— Nos quitaremos los cascos y conservaremos el oxígeno de los depósitos. Aquí se puede respirar.

Aquella decisión fue aceptada con ciertas reservas. Pero, al quitarse los cascos, todos vieron que Zyranousk tenía razón. Y era un alivio respirar a pulmón libre un aire que parecía haberse creado en La Tierra.

La sombra del infortunio, empero, no podían disiparla las potentes lámparas eléctricas de pilas. En cada fisura, grieta, recodo o pasadizo parecía encontrarse la muerte aguardándoles.

* * *

Don Baltasar de Arguelles estaba sentado en su sitial, sobre la plataforma alfombrada que había al fondo del salón del trono, acompañado por dos de sus escribanos mayores.

Don Pablo de Cano también estaba presente, de pie, digno y altivo. Todos parecían esperar la llegada de los extranjeros y su sorpresa fue grande al ver llegar sólo a Albert Boone.

— Excelencia —dijo Albert, inclinando la cabeza.

— ¿Dónde están vuestros compañeros y, en especial, el que habla con dificultad nuestra lengua? — preguntó el Virrey.

Albert no comprendió absolutamente nada, pero se acercó y extrajo la pistola que escondía bajo el jubón.

—Ustedes no conocen esto — dijo Albert, serenamente—. Se llama pistola automática. ¡Vean lo que ocurre!

Albert apuntó a uno de los candelabros de piedra. Entornó el ojo y disparó. El candelabro se quebró al recibir el balazo.

Por su parte, el estampido hizo dar un salto al Virrey.

— ¿Qué significa esto? — gritó Don Baltasar.

— ¡Esto mata, Excelencia! — dijo Albert, repitiendo el verbo en varios idiomas—. Es conveniente que me entiendan. Yo no me separaré de usted en todo el tiempo... Si mi vida ha de peligrar, la de usted también.

Don Baltasar y don Pablo se miraron y cambiaron unas rápidas palabras entre sí. Luego, con gesto rápido y valiente, don Pablo echó mano a su espada y la desenvainó, alzándola hacia Albert, quien disparó de nuevo, a los pies del Maestre Mayor, hiriendo el suelo.

—Cuidad con lo que hacéis, caballero. Os puedo matar.

Lanzando un rugido, don Pablo atacó, lanzando su afilado estoque hacia el pecho, de Albert, quien se ladeó bruscamente y volvió a disparar, ahora a la pierna derecha de don Pablo.

Atravesado el muslo por la bala, el dignatario emitió un rugido, dejó ir la espada y se desplomó sobre la alfombra, aullando de dolor y gimiendo. En su furia había más terror que enojo. Ahora había comprendido cuál era el poder de Albert, en cuyas manos había una arma que se recargaba automáticamente. Y aquello era algo más de lo que él podía comprender.

— Que le lleven a un físico — dijo Albert—. Y nos no os mováis de ahí.

El Virrey ya no respondió. Sus dos escribanos salieron rápidamente. Llegaron algunos criados y levantaron a don Pablo, a quien se llevaron. Albert, sonriendo, se sentó en una butaca e hizo gestos a don Baltasar para que hiciera lo mismo.

Lo que había de ocurrir no tardó en producirse. Fue la llegada de una docena de caballeros armados, entre los que estaban don Gracián Mendoza y don Fernando de Rueda. Todos ellos venían con las armas desnudas en la mano.

Y también vio Albert algunas ballestas y arcabuces.

Pero no dio tiempo a los caballeros de que le mataran impunemente. De un salto, se situó detrás de don Baltasar, apoyando el cañón de la «Naganka» en la cabeza del Virrey.

— Yo matar — dijo—. Usted hablarles.

Don Baltasar se apresuró a contener a los caballeros, diciéndoles:

— No se acerquen, por piedad… El arma que emplea este hombre está endemoniada. Ha disparado tres veces y ha herido a don Pablo de Cano… ¡No se acerquen o me matará!

—¡Vuestra vida no nos importa, Excelencia! — gritó don Fernando de Rueda—. Se han llevado a dos de nuestros amigos y a la hija de vuestra excelencia. Nos han traicionado y deben morir.

Aquellos hombres no parecían dispuestos a detenerse porque Albert estuviese amenazando la vida del Virrey, cuya dignidad parecía importarles poco a todos ellos. Y avanzaron, prestas sus armas.

Albert frunció el ceño y apartó el cañón del arma de la cabeza

del Virrey para dirigirla a sus nuevos atacantes. Mas no llegó a disparar. En aquel preciso instante se oyeron voces en el exterior, así como ruido de aceros y pasos precipitados. Unos instantes después, la insólita aparición de tres personas vestidas con equipos espaciales les contuvo a todos.

Albert reconoció a Sonia Karazoff y a los dos hombres que venían con ella, y que eran don Juan Ojilva de Sotogrande y don Francisco Montejo.

— ¡Sonia! — gritó Albert.

Los caballeros de la Orden de Castilla no permitieron que Sonia se acercase al sitial del trono. Retuvieron a la joven, y hasta algunas espadas la apuntaron.

Don Francisco Montejo, alzando la voz, exclamó:

— ¡Soltad al Virrey y entregaos, bellaco! ¡Ya hemos tenido bastante paciencia con vosotros!

— ¡Empuña un arma que dispara muchas balas! —dijo alguien.

—Conocemos esas armas. Están cargadas por el diablo —replicó don Juan Ojilva—. Pero estos enviados del mal no podrán esclavizarnos jamás, porque les hemos burlado y no encontrarán el camino de Burgos... ¡Y vos obedecednos o esta mujer morirá en vuestra presencia!

La espada de don Juan se acercó al cuello de Sonia.

Albert comprendió que nada podía hacer. Apenas si entendía lo que hablaban los descendientes de españoles, pero el significado de sus gestos era terrible y elocuente.

Sonia también comprendió que su vida estaba en juego y miró suplicante al joven oficial americano, quien decidió deponer su actitud. No podía luchar contra tantos hombres, y menos estando Sonia amenazada de muerte.

— Está bien, chicos. Ahí tenéis mi arma — dijo Albert, arrojando la «Naganka» sobre la alfombra y apartándose del Virrey, quien se puso en pie y corrió hacia sus compatriotas.

Inmediatamente, profiriendo grandes gritos, aquella especie de horda se arrojó sobre Albert, golpeándole, hasta sacarlo del salón, en compañía de Sonia.

A ambos los llevaron por un pasillo, les hicieron bajar una escalera de piedra que terminaba ante un corredor cerrado con una gran verja de hierro, que abrieron. Dentro de la galería había varias mazmorras. Sonia y Albert fueron introducidos en una de ellas y la puerta cerrada por fuera, dejándoles allí dentro, sumidos en la más sombría oscuridad.

Las voces cesaron fuera.

— ¡Vaya, creí que iban a cortamos el cuello! — dijo Albert.

—Eso temí yo también. ¿Y Markowitch y Kodorak? — preguntó Sonia, orientándose por la voz y acercándose a él.

— Están encerrados en otro lugar. Los vigila mi paje, Pedro Jiménez. No se han portado muy dignamente conmigo. Y a ti ¿qué te ha ocurrido?

— Esos hombres nos han traicionado. Fingieron servimos de guía, pero cuando nos encontrábamos en lo más complicado del camino, me raptaron y huyeron, arrojándose por un talud. Mucho me temo que la expedición del coronel Zyranousk esté perdida, porque esos nombres retrocedieron por unos pasadizos y cortaron el hilo que les servía de comunicación con el exterior.

— ¿No pudiste hacer nada por evitarlo?

— No. Estaba desarmada y la fuerza de ellos es mayor que la mía. Luego, por extraños vericuetos, me trajeron aquí: ¿Qué te ocurría a ti?

— Parece que todo está relacionado con lo mismo. Desconfían de nosotros. Tus compañeros quisieron apartarme de todo, pero fui yo quien los aparté a ellos. No me ha servido de nada, como ves. Y no sé cuál será nuestro destino.

— Lo siento, Albert

Sonia explicó todo cuanto había ocurrido en el exterior, desde que salieron, llevándose a la hija del Virrey y a los dos caballeros. Habló de la llegada de refuerzos soviéticos y de la expedición organizada por Wladimir Zyranousk, que ahora se encontraba perdida en el laberinto sublunar.

— No me alegro de lo que os ha ocurrido, pero, en cierto modo, lo tenéis bien merecido. Sin colaboración, no es factible conseguir nada. Aunque atrasados en su modo de vivir, esta gente es lista y tienen derecho a defenderse, puesto que nos consideran enemigos su...

Albert se interrumpió, al escuchar ruido de cerrojos en la puerta, la cual se abrió al poco, apareciendo tres pequeños sirios medio desnudos, provistos uno de ellos de una luz rosada, que disipó en parte las tinieblas.

Lo asombroso fue que uno de ellos se adelantó y sus labios se movieron, diciendo con voz ronca:

— No teman, somos amigos—. ¡Aquel sujeto estaba hablando en ruso!

— Pero ¿hablan ustedes? — preguntó Albert, atónito.

—Ya ven que sí. Y su misma lengua, aunque usted no habla perfectamente este lenguaje que empleamos ahora. Hemos

estudiado sus mentes y creemos que ustedes pueden ayudamos, si nosotros les ayudamos.

—Tenía entendido que ustedes no hablaban. ¿Quiénes son?

— Procedemos de un mundo situado a muchos años luz de este sistema. Vinimos a bordo de una nave propulsada por energía magnética. Llegamos a La Tierra… Bueno, entiéndame, llegaron nuestros antepasados. Nosotros no habíamos nacido aún, aunque conservamos los conocimientos que ellos nos legaron.

»Pretendíamos dominar a los terrestres y nos apoderamos de una embarcación, trayendo aquí a todos sus tripulantes. Exactamente, no sé lo que sucedió, pero los extranjeros vencieron. Y nada podemos hacer, porque no es posible ahora escapar de La Luna. Nuestra nave fue imposibilitada

»Pero nuestro momento ha llegado. Y estamos seguros de que ustedes pueden ayudamos a regresar a nuestro lejano mundo.

»Nosotros queremos ayudarles…

CAPÍTULO IX

El coronel Zyranousk quedó impresionado al ver a los ocho hombrecillos que sus hombres llevaron a su presencia. Y su sorpresa fue enorme al escuchar a uno hablar en ruso y decir:

—Kelmo-89 tiene el honor de saludar al jefe de los expedicionarios soviéticos.

— ¿Eh, quiénes sois vosotros?

— Perdone, señor. Nuestros compañeros nos ha comunicado que les acompañemos hasta la ciudad que nuestros amos llaman Burgos. Todavía no se han cerrado las entradas, aunque ése es el propósito.

— ¡No entiendo nada! —rugió Zyranousk—. ¿Quiénes son vuestros amos?

— Los semejantes vuestros que habitan bajo el suelo lunar, hombres que nosotros trajimos desde La Tierra y que os temen porque os consideran un peligro para ellos. Dos de sus guías os abandonaron aquí, en este mundo oscuro, del que no es fácil salir. Pero no deben temer ustedes nada, porque nosotros les guiaremos.

— ¡Pues indicadme el camino! — replicó Zyranousk.

Los sirios se inclinaron, como solían hacer cuando sus amos les daban alguna orden y se dirigieron por uno de los corredores, seguidos de los catorce expedicionarios soviéticos.

Durante el trayecto, Zyranousk y el capitán Anselmo García tuvieron ocasión de enterarse de la sorprendente historia de aquellos pequeños individuos asexuales.

— Nosotros hemos escuchado las conversaciones de sus compañeros y hemos penetrado en sus ideas al mismo tiempo. En pocas horas podemos asimilar su lenguaje. Nos hemos comunicado unos con otros y estamos dispuestos a colaborar con ustedes con el fin de obtener nuestra libertad. Sabemos que vienen ustedes del planeta llamado Tierra, al igual que nuestros amos pero están más avanzados científicamente. Nuestros antecesores viajaban e investigaban, pero cuando fueron atacados por ellos no pudieron defenderse y esto nos llevó al sometimiento.

— ¿Y no pudieron ustedes vencerles, pudiendo leer sus pensamientos? — se extrañó Zyranousk.

— No. No había solución. Nuestra nave había sido destruida. Cerramos nuestras bocas y hemos permanecido en silencio durante muchas generaciones.

»Ahora que han llegado ustedes y poseen medios para salir de

este planeta, nosotros queremos ayudarles, para que nos ayuden.

Zyranousk no pudo por menos que decir:

— En verdad que pertenecéis a una raza extraña, Kelmo-89. Pero sospecho que tenemos mucho que aprender de vosotros.

— Cierto. Nuestros antepasados aprendieron también de otras razas. El universo es un gran concierto de gentes que se han desarrollado en distintos medios ambientales. Cada mundo posee una característica distinta. La de ustedes es muy guerrera. Ustedes luchan por cualquier causa.

— Puede que tengáis razón. Nuestra historia está escrita con sangre.

De pronto, Wladimir Zyranousk vio la claridad al extremo de la galería por la que avanzaban, guiados por les sirios. Un suspiro de alivio se escapó de su garganta.

Poco después pudieron contemplar los edificios de piedra, los jardines de los descendientes de españoles, a un grupo de personas desconcertadas, de extraños y antiguos ropajes, que huyeron despavoridos al verles aparecer.

— Preparad las armas — ordenó Zyranousk—. Pero no disparéis más que en caso necesario, y procurando únicamente herir.

Las armas automáticas fueron empuñadas con mano firme.

* * *

Albert fue avisado de que la expedición soviética acababa de llegar a Burgos. Cómo se comunicaban entre sí los sirios no podía saberlo. Pero en el mismo instante en que el grupo de Wladimir Zyranousk entraba en la ciudad, un sirio, cuyo nombre dijo ser Deok-102, abrió la puerta de su mazmorra y le dijo a él y a Sonia:

— Ya están aquí. Kelmo-89 los ha guiado. Los amos se preparan para combatirlos y se están reuniendo muchos caballeros armados en el palacio. Nosotros no podemos ayudaros en la lucha. Pero os podemos traer las armas que os quitaron.

—Sí —dijo Albert—. Tráeme las armas, sí sabes dónde están. También es conveniente que Markowitch y Kodorak vengan con nosotros.

—Están encerrados en una mazmorra que posee don Pablo de Cano en su palacio, pero ya han sido avisados y están dispuestos a la lucha. No nos agradaría que corriera la sangre.

— A mí tampoco — dijo Sonia—. Estos hombres creen defender su vida y no comprenden que hemos venido a ayudarles. Si pudiéramos demostrarles…

— ¡La radio! — exclamó Albert—. Tráeme también la radio. Yo haré que el Virrey escuche la voz de su hija. Eso les convencerá de nuestras intenciones.

— Cuando yo salí ayer de vuestra base, doña Isabel estaba durmiendo, dominada por la fiebre. El doctor Sorevo dijo que se restablecería, pero habrían de pasar días.

— El mayor Ogalla hará que doña Isabel hable por radio... ¡Es importante!

Deok-102 se retiró.

Los sirios se comunicaron las instrucciones mentalmente y pronto las dos pistolas automáticas que el Virrey había hecho encerrar en un armario fueron sacadas de allí y pasadas hasta el lóbrego sótano, donde Deok-102 se las entregó a Albert, junto con la radio.

El sirio dijo al darle las armas:

— Nuestros amos se están fortificando en varios edificios próximos a este palacio. Vuestros compañeros avanzan hacia aquí sin encontrar resistencia. Pero, pronto, una nube de flechas y disparos de culebrina y arcabuz caerá sobre ellos.

—¡No tenemos tiempo que perder! ¡Vamos a donde está el Virrey!

Ahora, empuñando una pistola cada uno, Albert y Sonia salieron de la mazmorra. Los sirios habían abierto todas las puertas y no tuvieron dificultad en llegar hasta las habitaciones particulares del Virrey, quien estaba siendo atendido por dos físicos, a causa de una crisis nerviosa.

Con él estaba doña María de las Nieves y uno de sus hijos, don Diego. También había varios sirvientes y algunos secretarios. El estupor de todos fue enorme al ver abrirse la puerta y aparecer a Sonia y a Albert, pistola en mano.

— ¡Quietos todos y cuidado con las espadas! —exclamó Albert, cuidando de cerrar la puerta por dentro con la falleba metálica.

Uno de los físicos protegió con su cuerpo a don Baltasar. Albert avanzó y mostró la radio que llevaba en la mano izquierda.

— Aquí... hablar... su hija... —dijo, buscando afanosamente palabras castellanas—. Oír a ella... ¿Entienden? Doña Isabel estar bien.

Fue la Virreina, doña María de las Nieves, quien comprendió primero. Ella había oído decir que los extranjeros hablaban con aquel extraño aparato y otros que se encontraban lejos de allí pedían oírles.

— ¿Puedo escuchar a mi hija con eso? — preguntó.

Albert asintió, no muy seguro de lo que había dicho la dama. Conectó la radio y lo primero que oyó fue la voz del coronel Zyranousk, diciendo:

— Todos inmediatamente aquí. Encontraréis a unos individuos medio desnudos que os indicarán el camino. ¡No debéis perder ni un instante!

— ¡Coronel Zyranousk, aquí el teniente Boone!

— ¿Dónde diablos está usted, teniente? — preguntó la voz de Zyranousk.

— En el palacio del Virrey. La teniente Sonia está conmigo. Tenemos armas y dominados a la familia de su Excelencia. Es preciso evitar derramamientos de sangre.

— ¡Ya me han herido a dos hombres, teniente!

¡Disparan flechas y arcabuces! He ordenado retirarnos. Si disparamos contra ellos las ametralladoras esto será una carnicería.

— ¡Aguarde, coronel! Se me ha ocurrido que, si el mayor Ogalla puede hacer que doña Isabel hable por radio con su familia, todo puede arreglarse. Ellos creen que se la hemos quitado. Es lo que unos caballeros han ido diciendo.

— ¡Oiga, teniente, eso es una idea! Llame al mayor Ogalla. Si necesita alguien que sepa español, conmigo está el capitán García.

— Gracias, puede que le necesite.

Mientras Albert sostenía esta conversación, todos los presentes le miraban atónitos. Uno de los físicos se le acercó, preguntando:

— ¿Usted oye a través de eso?

Albert sacudió la cabeza, sin comprender, pero acercó el auricular al oído del físico, a la vez que llamaba insistentemente a Ogalla. Y cuando el mayor norteamericano respondió, el físico retrocedió, asustado, dando grandes voces.

—Mayor, aquí Al Boone.

— ¿Crees que no conozco tu voz, ingeniero? ¿Qué está sucediendo? He intentado llamarte más de mil veces.

— Nos han tenido encerrados. Han sucedido muchas cosas. Ya le contaré. Los rusos han llegado y parece que hay lucha. Zyranousk no quiere derramar sangre. ¿Cómo está doña Isabel?

— Ha comido, bebido y dormido. Mike quiere enseñarle inglés. El doctor Sorevo se ha ido en un «Z-5»; no sé qué diablos se llevan esos rusos entre manos.

— ¡Es conveniente que doña Isabel hable con su familia! — gritó Albert —. Creo que sólo así podemos evitar una tragedia.

— Pues está aquí... ¡Y parece que ahora no tenemos interferencias! Voy a darle el micrófono a nuestra dama.

Albert sonrió y se acercó a Doña María de las Nieves.

— Su hija hablar… aquí.

Le colocó el auricular cerca del oído y acercó el micro a su boca. La radio iba prendida del cinto metálico de Albert.

Al instante, el semblante de la dama se animó, emitiendo un grito emocionado.

— ¡Hijita, Isabella! ¿Puedes oírme?

* * *

El Virrey, espada en mano, enérgico y magnífico, salió a la terraza, donde estaban los caballeros, protegidos por las almenas. Le seguían su hijo, don Diego, dos secretarios, y cerraban la marcha Albert y Sonia, pistolas en mano.

— ¡Basta de lucha, caballeros! ¡Os lo ordeno en nombre del Emperador, nuestra Graciosa Majestad!

La voz de don Baltasar hizo volverse a todos. Allí estaba don Juan Ojilva de Sotogrande, quien miró atónito a Albert y a Sonia.

— Los extranjeros que han llegado de otro mundo son amigos nuestros. He hablado con mi hija por… el aire. He oído su voz y me ha dicho que el viejo médico extranjero la está curando y que se siente mucho mejor.

»Por lo tanto, don Francisco Montejo y don Juan Ojilva son unos felones y me han mentido. Apuéstoles a que don Pablo de Cano los ha soliviantado, porque son de su misma ralea, para enemistarme con nuestros huéspedes y, en medio de la revuelta y la sangre, destituirme. Hace tiempo que mis secretarios me vienen informando del desafecto y perversidad de mi ilustre pariente, al que su ambición tiene postrado ahora en el lecho, herido por las armas de nuestros visitantes y coterráneos.

»Por lo tanto, en nombre de los derechos que me otorga la ley y la justicia, como Virrey de Burgos y sus dominios subterráneos, os ordeno deponer las armas y acoger con agrado a nuestros visitantes, de los que hemos de esperar amistad y comprensión.

»De rodillas todos, pues, y deponed vuestras armas.

Todos obedecieron, excepto don Juan Ojilva y don Francisco Montejo, que, alzando sus espadas, saltaron adelante, gritando:

— ¡Muera el usurpador! ¡Abajo el tirano y el traidor!

Asustado, don Baltasar retrocedió unos pasos. Y a buen seguro que lo habría pasado mal, ante el ataque de los fanáticos, si Albert no emplea su pistola, precipitadamente, efectuando dos disparos casi simultáneos.

Don Juan Ojilva, alcanzado en el pecho, se desplomó en el acto, soltando la espada y emitiendo un alarido de muerte. Por su parte, el marqués de Burgos, que recibió un disparo en la ingle, se contrajo, dejó ir su espada y, aterrado, miró a Albert, gimiendo:

— Nooo... No tiréis... ¡Me muero!

Don Juan Ojilva murió una hora después, sobre un lecho, pero don Francisco Montejo había de vivir y conocería, algún tiempo después, varias importantes ciudades de La Tierra, para terminar arrepentido de todo e ingresar en una orden monástica con residencia próxima a Valladolid.

* * *

Wladimir Zyranousk entró en palacio acompañado del capitán García. Saludó a Sonia y a Albert y luego estrechó la mano del Virrey. El intérprete tradujo sus palabras.

Sonia y Albert, pasados los primeros instantes de satisfacción, aprovecharon un descuido de los otros y desaparecieron hacia el jardín, para luego, sigilosamente, ir a ocultarse en la habitación de ella. Ambos tenían proyectos secretos e íntimos que realizar, y no querían testigos.

Mientras, Anselmo García, solicitado por todos, se convertía en un personaje importante, al que todos solicitaban su ayuda para interpretar las muchas cosas que debían decirse.

Don Baltasar deseaba saber muchas cosas sobre España, y se le hubo de decir que el Nuevo Mundo ya no pertenecía a los españoles, sino a los gobiernos que se habían formado después de la independencia. Hubo que explicarle la historia universal, desde Carlos V a nuestros días. Sin embargo, don Baltasar dijo que, si le autorizaban, iría a España y entregaría cuentas al Gobierno, porque jamás un Virrey de Burgos-Luna dejó de guardar el quinto de la Corona, ni olvidó pagar el diezmo que debía a la Iglesia.

— Mucho me temo que en el mundo actual no os sean reconocidos esos legados y mi gobierno no admita el envío de riquezas a España — dijo el capitán García, seriamente—. Y dudo que los americanos os lo acepten. ¿A cuánto asciende el dinero que, según vos, debéis entregar al gobierno de España?

Don Baltasar tenía memoria y había repasado numerosas veces sus cuentas. No vaciló en decir:

— El oro que tenemos guardado en las cámaras asciende a ochenta mil millones de ducados.

— ¿En oro? — preguntó Anselmo García, sorprendido.

— Sí, en oro. Hay, además, veinte toneladas de piedras preciosas, cuyo valor ignoro cuál pueda ser, a tenor de que en La Tierra han podido variar las tasaciones. Pero debo hacer constar que tenemos zafiros y diamantes del tamaño de la cabeza de usted, caballero.

Anselmo García bizqueó. Al traducir las palabras de don Baltasar al coronel Zyranousk, éste bizqueó también.

— Pero nadie, ni ingleses, ni franceses, ni turcos me impedirán entregar lo que pertenece a la corona de España. Así se lo juré a mi padre, y así se lo haré jurar a mi hijo, cuando le entregue el Virreinato.

— Nosotros nos haremos cargo de todo esto, Excelencia— hizo decir Zyranousk.

— No — replicó Don Baltasar—. Ustedes serán bien recibidos aquí. Pero si en España no existe ningún heredero de la Corona de los Austria, yo haré entrega de todo ello a los representantes del pueblo español.

—Mi gobierno no lo autorizará — dijo Zyranousk, a través de Anselmo García—. Eso sería convertir a España en el país más rico de La Tierra.

— Pues si su gobierno no lo autoriza, yo jamás consentiré que nadie toque un solo doblón de ese tesoro. Y para arrebatárnoslo, habréis de matamos a todos. Nosotros y los sirios hemos arrancado durante cuatro siglos y medio ese tesoro de las entrañas; de esté mundo, para poder algún día, regresar a nuestra patria o dar al Emperador lo que es suyo y nosotros disfrutar lo que nos pertenece.

— ¿Quiere eso decir que ustedes poseen una riqueza cinco veces mayor que la que afirman corresponde a la Corona de España?

— Exactamente, caballeros.

— ¿Cuánto oro tienen, pues?

— La mitad del que cabe en la gran gruta donde mis antepasados construyeron Burgos.

Un cálculo a «grosso modo» bastó a Anselmo García para decir que los burgaleses de La Luna poseían diez veces más oro del que existía en toda La Tierra.

— No temáis, Excelencia. Nadie os quitará el oro. Pero va a ser un problema internacional cuando se sepa esto. Y, si se decide trasladarlo a La Tierra, hasta los juguetes de los niños serán de oro.

* * *

Ajenos a todo cuanto ocurría en tomo a ellos, Albert y Sonia

estaban haciendo proyectos para el futuro:

— Nos quedaremos a vivir en La Luna, Sonia.

— Sí, amor mío. Lo que tú digas.

— Hace tiempo que sueño con construir un pequeño chalet, con atmósfera propia, cubierto por una cúpula transparente. Allí crearemos un jardín, pondremos una fuente y contribuiremos a crear la nueva atmósfera lunar.

—¿Y por qué no nos quedamos aquí, en Burgos? Esto será un centro de interés turístico. La Luna será un mundo importante dentro de poco.

— No lo dudo. Pero yo prefiero la soledad, vivir solo contigo y nuestros hijos.

Ella le abrazó tiernamente.

— ¿Vivirán?

— Desde luego. ¿No han vivido los sirios y los españoles?

—¿Qué haremos con los sirios?

— Devolverles su nave.

— ¿Dónde está?

— Conservada dentro del cráter Green. La cubrieron con alguna clase de cemento. Pero a nuestros ingenieros no les será difícil sacarla de allí. Esperemos que se conserve, de lo contrario, habremos de crear naves para esos pequeños seres.

FIN

Próximo número:

DIMENSIÓN X

Carlo di Pietro

Todavía no había nacido...
y ya intervino en unos hechos
acaecidos dos mil años atrás.